

OLIPHOTH

José Carlos Canalda

José De Ambrosio

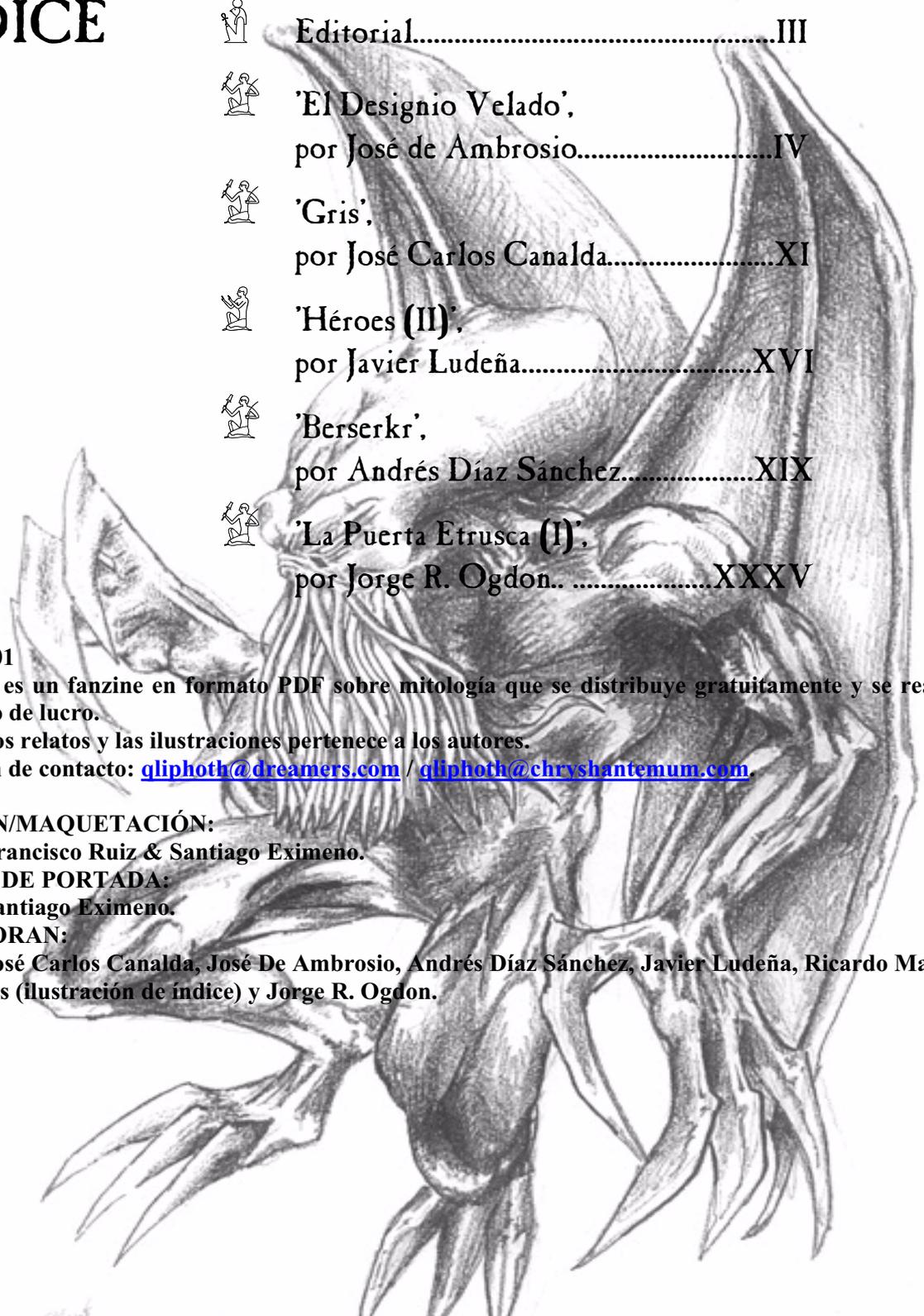
Andrés Díaz Sánchez

Javier Ludeña

Robert J. Ogdon

3

ÍNDICE



	Editorial.....	III
	'El Designio Velado', por José de Ambrosio.....	IV
	'Gris', por José Carlos Canalda.....	XI
	'Héroes (II)', por Javier Ludeña.....	XVI
	'Berserkr', por Andrés Díaz Sánchez.....	XIX
	'La Puerta Etrusca (I)', por Jorge R. Ogdon.. ..	XXXV

Junio 2001

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: qliphoth@dreamers.com / qliphoth@chryshantemum.com.

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

Santiago Eximeno.

COLABORAN:

José Carlos Canalda, José De Ambrosio, Andrés Díaz Sánchez, Javier Ludeña, Ricardo Martín de Vidales (ilustración de índice) y Jorge R. Ogdon.

EDITORIAL

La proximidad del abismo

Cuentistas, bardos, trovadores, juglares, actores... todos estos personajes han deambulado a lo largo de la historia portando historias, fábulas y leyendas. De sus labios surgían ensoñaciones que brindaban, tanto a los reyes como a la plebe, una escapatoria de un mundo muchas veces cruel y sin sentido.

Han tenido muchas formas, evolucionando con la cultura en la que estaban inmersos. Desde el simple narrador, en torno al cual se arremolinaba un torbellino de expectantes rostros iluminados por una pobre hoguera, hasta el juglar o actor que representaba las historias rodeado de la opípara nobleza, en salones bien caldeados. Todos ellos han aportado historias: dramas o comedias, terror o ilusión.

Podemos decir, sin rastro de duda, que a lo largo de los últimos miles de años ha sido este acto de comunicación algo íntimo, personal, de tú a tú; el contacto entre emisor y receptor era algo físico, personal: la comunicación era algo casi íntimo. Pero hace escasos tres milenios surgió un elemento transgresor, un nuevo participante que interfirió a la vez que facilitó el vínculo comunicativo entre los individuos: el papel (en sus mas variadas versiones, como el palimpsesto, papiro, tablilla...). Gracias a él el mensaje perduraba, sobrevivía a la voz, elongándose por días, años, incluso siglos. Así el emisor ya no tenía por qué ser alguien próximo. Muy al contrario: gracias a la labor de cientos -si no miles- de copistas, traductores y compiladores, la información se abstraía, perdiendo las cadenas de la distancia y del idioma original.

Había nacido la información pura.

Pero, si bien la base ya estaba preparada, tuvieron que pasar centenares de años para que ese embrión se desarrollase por completo y diera origen a la sociedad en la que ahora vivimos: la sociedad de la información.

En este nuestro mundo, el papel de cuentacuentos, de bardo o de trovador se ha difuminado en una marabunta de personalidades, contrapuestas, yuxtapuestas o incluso coincidentes. Un porcentaje como nunca se llegó a imaginar de la población mundial tiene acceso a todo un universo de información sin límites. Las ideas fluyen mas que nunca como rios en el mar de la comunicación.

Y con las ideas, los mitos: ahora uno puede leer acerca de la mitología polinesia y al instante siguiente repasar los cultos de los bárbaros cántabros en el siglo III antes de nuestra era. Y todo gracias a la red. Ella ha convertido al juglar en algo distante, anónimo y sin rostro. El contacto humano, físico, se ha convertido en una falacia de bits y baudios.

La red, la misma que nos alberga, la misma que nos permite llegar hasta tí, estar siempre contigo, tan cerca...

Cerca, sí, pero en esa extraña cercanía del abismo digital.

Los Editores.

El Designio Velado

Por José de Ambrosio

I

Luego de la invocación ritual a los dioses y habiendo recogido unos mínimos pertrechos yo, Euribíades, hijo de Aristeo y Alcmena, emprendí el camino a Elatea. Alto ya el sol partí de Tebas; sobre mi cabeza giró una bandada de palomas: interpreté un presagio favorable. Mi corazón palpó de júbilo al caminar la llanura beocia: era el tiempo de la germinación y los cultivos cubrían la tierra. Olivos y laureles, tilos y encinas, ornados con ovejas y cabras que pastaban en pequeñas majadas, pintaban en mis ojos la alegría del paisaje. Había llovido en la víspera y un húmedo aroma de tierra y vegetales me envolvía. En los olivares los esclavos desbrozaban, quitaban piedras, las espaldas relucientes. Muchos cantaban y al pasar los acompañaba yo en sus tonadas; con el brazo al cielo alguno me saludó.

Proyectaba culminar la jornada en Tespias, continuar el día siguiente hacia Queronea y allí, donde las rutas se bifurcan, tomar el rumbo de Elatea. Por tercera vez recorría el trayecto; mis sandalias reconocían las piedras inmutables. De niño viajé con mi padre y aprendí feliz los olores y colores del sendero. Años más tarde lo caminé con mi amigo Harmodio, el poeta, acudiendo al oráculo de Delfos. Alegres e irresponsables, nos reíamos de los dioses; en el templo desdeñamos la críptica alusión de la profetisa a una muerte inminente. Ese mismo invierno Harmodio fue arrollado por el carro de un borracho. Durante los tres días de su cruel agonía recordé, con amargura, el oscuro vaticinio. Aunque indiferentes a nuestras vidas se muestran las deidades del Olimpo, desde entonces respeto su voluntad. Más aún tras el enigma de la Hostería del León.

Enrojecía el horizonte cuando pisé los suburbios de Tespias. Inquirí a un anciano del lugar por alguna hostería. Agitando su bastón, me describió dos o tres.

-Pero si aspiras a una estadía agradable, viajero, la Hostería del León es el sitio -sus encías desnudas sonrieron-, buen vino, mejor comida y mujeres que te embriagarán con su danza; si abres la bolsa alegrarán tus sentidos, tu me entiendes. El

posadero, Fidión, es buen hombre, aunque gruña y declare insuficiente lo que puedas pagarle; habrás de disputar por el precio justo.

Me derramó sus consejos, entre los que pude rescatar las indicaciones para llegar. Le agradecí y, dando un suspiro, me dirigí al hostal.

El longevo no pecó de la exageración beocia. Un fresco y atractivo salón me recibió: plantas y flores bien distribuidas realzaban los tapices de las paredes; un gran mural revivía una fiesta dionisiaca donde uvas, laureles y mujeres se ofrecían, casi reales. Desde una puerta lateral acudieron los amos, Fidión y su esposa. Vestían con sencillez y limpieza; el hombre la doblaba en volumen, y su rostro era agradable, tal vez por la sonrisa que descubría dientes grandes y separados. Los rasgos afilados y nariz destacada de la mujer no disminuían su gracia; le atribuí el buen gusto en la decoración del lugar. Fidión hablaba y gesticulaba en forma ampulosa; conversamos según las formas, del tiempo, de los últimos juegos, de mi viaje.

Evité con cuidado suministrar datos precisos.

Cuando manifesté mi intención de comer y pernoctar, Fidión elevó ambas manos.

-Has arribado en buen día, forastero. Mi humilde casa alberga hoy caminantes de toda la Hélade. Por la noche, en este salón, podrás disfrutar de música, comidas y bebidas en abundancia.

Regateamos el precio del hospedaje; habiendo declarado con solemnidad y poniendo a los dioses por testigos que era un robo, pagué las monedas convenidas. Me condujo el hombre por el patio interior hacia una escalera que llevaba a la habitación del primer piso. Un catre con estera de cañas, un pequeño arcón, una tinaja con agua y una banqueta colmaban el cuarto.

-Prefiero dormir sobre una manta en el tejado, al aire libre. El tiempo es caluroso -expliqué.

Se encogió de hombros y se marchó haciendo crujir las escaleras, murmurando sobre ciertas costumbres extrañas.

II

Las estrellas engalanaban las alturas cuando bajé al salón. Al discreto resplandor de las lámparas se alternaban luces y sombras, dibujándose entre esos claroscuros rostros, manos, copas, ojos, como emergiendo de la nada. Fieles al anuncio de Fidión, varias personas se distribuían en el recinto. Descollante en el centro, cual Heracles entre niños, un hombre de notable altura, rostro rubicundo y túnica lujosa, ostentaba sus lechuzas de plata reclamando más y más vino, que las esclavas se apresuraban a escanciar (ah, Creotas, Creotas el mortal, sombra entre las sombras). Por sus ropas y lenguaje identifiqué a un eupátrida ateniense. Permanecí unos instantes contemplándolo, con un vago recuerdo oscilando difuso, que pronto sospeché un engaño de mi memoria. En un rincón una mirada felina me provocó un rechazo instintivo: emergía de un pálido individuo al que presumí espartano, lo que más tarde habría de confirmar. A un costado se reclinaba un matrimonio bien ataviado, con un niño por compañía. Pude distinguir a un rapsoda itinerante y algunos grupos menores, de Tesalia o de Beocia, además de un músico que más allá tañía su cítara quedamente.

Me senté sobre unos cojines y llamé a las doncellas por bebidas.

Escasa era la arena que derramaron las clepsidras cuando el matrimonio se irguió y se aproximó a mí. Con una sonrisa me interrogaron por el sitio vacío a mi lado; otorgué mi anuencia y tomaron asiento, augurándome la protección de los dioses. Se identificaron como cretenses. Ya lo sabía este relator, que minucioso registraba los detalles: ella portaba un traje ceñido que marcaba la estrechez de sus caderas y los cabellos artísticamente rizados en alto peinado, llevaba pintado su rostro y estaba depilada con cuidado, al igual que su esposo, todo según la costumbre cretense. Experimenté una rápida simpatía ante sus nobles facciones y modales dignos.

-¿Sigues el camino a Delfos, viajero? -me preguntó con desenvoltura la mujer, cuyo nombre era Arsinoe.

-Mis sandalias que tanto han andado, allí me conducen. ¿Lleváis el mismo itinerario? -prefería ser yo quien interrogaba.

El marido, Tireo, respondió con perceptible duda.

-Ansiamos consultar a la pitonisa -se

miraron fugazmente- sobre el futuro que los dioses deparan a nuestro hijo.

Mientras se acercaban, había advertido que el pequeño cojeaba levemente; comprendí el motivo de su aprensión. Incómodo comencé una conversación insustancial.

Poco más tarde se agregaron a nuestro grupo dos corintios; Lideas, robusto y bien parecido, y Aetón, de femenina delicadeza. Los viajes y los pueblos no perturbaron mi entendimiento: me resultó evidente la doble naturaleza de su relación. Declararon ser mercaderes que recorrían la región para adquirir a los campesinos sus cosechas de aceites y vinos por adelantado. En mi vida había oído yo de semejante comercio, aunque conocía la industria del aceite de oliva.

-¿Cómo puede negociarse sobre lo que aún no existe? No es más que comprar una esperanza -interrogué estupefacto.

-Compramos esperanzas, en efecto -rió Lideas-; es una modalidad usual en otras comarcas, sobre todo con los granos, y resulta extraño que no la conozcas, tu que por tu aspecto has visitado tantos sitios.

Sospeché la ironía escondida en sus palabras.

-En realidad, mercader, un hombre puede anclar en muchos puertos y sin embargo no discernir lo contiguo, si no sabe mirar -contesté molesto. Creyéndome sagaz, ignoraba cuánto de mi pretenciosa frase me era aplicable en ese mismo momento.

Corintios y cretenses se enzarzaron en una amable controversia sobre las bellezas de sus regiones, con preguntas cruzadas sobre geografías, puentes o acueductos. Sin exhibir interés presté oídos a todo lo que se describía, formulando ocasionales consultas sobre la opinión pública o los gobiernos. Al considerar agotada la conversación fui a sentarme junto a aquel destacado viandante que manifestó llamarse Creotas.

No tardó en subyugarme su discurso. Con voz tonante peroraba sobre el destino de los hombres, juraba que el sonido de los carros de guerra y el choque de mazas y espadas era la mejor música, frente a la cual la de ese pobre tañedor de cítara sonaba como el ladrido de perros enfermos.

-La guerra no es una cuestión privada de los

soldados, es el remedio para todos los males de los pueblos. Sólo así se alcanza la suprema belleza -pregonó de manera pomposa. Rememorando sus frases reniego de mi ceguera.

Sólo suspendía su monólogo para oír mis respuestas al interrogatorio que intercalaba entre altisonantes sentencias. Displícite inquirió sobre mi origen, mi destino, y las características de mi ciudad. Sin explayarme, le devolví cada una de sus preguntas y alguna más. Me palmeó entre carcajadas dos o tres veces, festejando quien sabe qué expresión de mis labios. Con un guiño me indicó al espartano que continuaba inmutable.

-Hay formas muy alejadas del ideal de belleza.

Prosiguió con sarcásticas referencias a los comerciantes, llamándolos injuriosamente hijos de Hermes y hermanos de Lesbos.

El caldo con ajos y cebollas y la carne asada avivaron mi sed, que no sacié en toda la velada pese a las abundantes libaciones. El espíritu de Dionisio fue inflamando mi ánimo y deteriorando mi compostura. Al danzar las bailarinas mi lengua se desató, rivalicé con Creotas en aplausos y gritos de estímulo, aunque las carcajadas del ateniense superaban todos los sonidos del salón. Avergonzado observé que el matrimonio se retiraba con visible disgusto; recordé que los cretenses no se emborrachan porque es grosero a sus ojos. El espartano se conservaba aislado, impasible, en su rincón; no lo vi aplaudir, ni siquiera sonreír, sólo bebía con lentitud. Rehusó con un gesto el ofrecimiento de más vino. Cuando el baile cesó y un flautista inició sus melodías me sentí embotado; al incorporarme con torpeza derribé una copa. Con el calor en el rostro, me retiré a dormir.

El vino, que a otros ayuda, no me depara sueños profundos. Por un tiempo que no puedo medir oscuras pesadillas me afiebraron: inquieto, me revolví una y otra vez, suspendido en una niebla irreal. Enfrenté el cruce de la Estigia y sufrí el terror de no portar el óbolo; las sombras del Hades escondían amenazantes monstruosidades. Vagas presencias flotaron a mi lado; confuso, creí entrever pies alados y escuchar ásperas disputas. Oí repetir mi nombre. Me despertaron bruscas sacudidas; entre brumas percibí a Fidión que me llamaba echando su aliento en mi cara.

-¡El espartano! ¡El espartano! -repetía a los gritos.

-¿Qué pasa con ese perro? -interrogué hosco.

-Está muerto. Le cortaron la cabeza.

Ceñí mi jitón y le acompañé por los pasillos. Aún no amanecía; en el tejado un gallo comenzó su saludo a Apolo. El espartano yacía en el suelo de la habitación. Mejor dicho, los dos trozos del espartano: la cabeza a varios pies del tronco, como estatuarias ruinas. La sangre adornaba el espectáculo: su puño cerrado, el brazo doblado en la maldición final.

III

Somnolientos y malhumorados nos reunimos en el salón. Lideas y Aetón con agitaciones nocturnas grabadas en sus rostros; Arsinoe y Tireo sus manos entrelazadas a la usanza cretense; la mujer del posadero discretamente ubicada tras un frondoso helecho. El resto fue arribando en silencio, con indiferencia, como si el tema no les concerniera. La muerte próxima pensé, igual que a todos, nos confundía.

Fidión tomó la palabra.

-Mi esclava Laecia oyó ruidos extraños en un dormitorio del primer piso; cuando me dio aviso acudí con presteza. Me encontré con la huella de las Parcas y un espartano menos. De inmediato busqué al huésped más cercano, que era Euribíades, para que confirmara la sangre y la muerte.

Asentí con leve movimiento de cabeza.

Prolongando hasta el exceso una pausa, como los trágicos en la escena, Fidión sugirió sin énfasis, pero sin admitir réplica, la procedencia del homicida.

-Para entrar al patio interior que lleva a los aposentos de huéspedes, desde la calle, hay que atravesar la cocina. No existe otro pasaje; el tejado es inaccesible desde afuera. Tres esclavas dormían en la cocina, Laecia cruzada delante de la puerta; son de mi confianza desde hace años, es insospechable un acuerdo para mentir o silenciar.

Continuó entrecerrando sus ojos, como si elaborara con cuidado lo que habría de revelar.

-Sargos no ladró. No hay que meditar demasiado para concluir que el criminal moraba en esta casa.

Lo oíamos inmóviles, cual columnas de piedra. Nos miró impasible.

-Un huésped.

La declaración despertó al auditorio.

-¡Proxenetá! ¡Persa! -vociferó Lideas de Corinto saltando con las manos extendidas hacia su cuello.

Veloces, Tireo, el rapsoda y yo nos interpusimos y lo detuvimos sin demasiado esfuerzo. Conducta extraña el apasionamiento del mercader; su reacción era desmedida, sin justificación aparente.

-Calma -dijo Fidión, retrocediendo-, yo no acuso a nadie. Sólo muestro los hechos, y los hechos son claros.

Varios comenzaron a hablar al mismo tiempo. Arsinoe sin elevar la voz, discutía con Lideas. Desde un ángulo, casi en sombras, la esposa de Fidión nos escudriñaba.

Traté de reconstruir lo sucedido. Quizás Fidión ingresó en el cuarto del difunto para robar su bolsa; como éste se despertara, lo degolló. No tardé en desechar tan absurda hipótesis: cada día desfilaban viajeros por la posada, con bolsas seguramente más llenas que la del sencillo lacedemonio. Nunca lo hubiera elegido Fidión, aún de ser un criminal.

El rapsoda se colocó a mi lado y en voz baja sugirió que el muerto pudo intentar abusarse de alguna esclava. Lo rechacé con desdén: un espartano jamás descendería a esos vulgares menesteres.

Rompió su silencio la esposa de Fidión.

-La muerte ha llegado al de Esparta en forma más adecuada a un campo de batalla; debéis considerar que se trate de una ejecución propia de un guerrero.

Un murmullo despectivo ahogó sus palabras. Impensable, aquí no hay guerreros, alcance a oír, y la mujer ya no volvió a hablar.

Vi a los comerciantes susurrar entre sí: en ese instante desconfié de su identidad. Ellos manifestaron ser mercaderes, singulares mercaderes de ilusiones, pero ninguna prueba aportaron salvo sus dichos. Nadie puede, en verdad, reconocer a un comerciante (o a un asesino) por sus rasgos o vestidos; el aspecto de un hombre no refleja sus entrañas. Arsinoe levantó su mano y así la mantuvo hasta que el rumor de la conversación fue muriendo. Cuando todos la miraron en silencio, con voz serena sugirió lo obvio, aquello que nos cuidábamos de proponer.

-Olvidáis el primer deber de un ciudadano

ante un crimen. Debemos dar aviso a los magistrados.

Creotas se desplazó unos pasos hasta el centro del grupo. Con calma, la voz baja y cortante -proceder inesperado en él-, propuso de modo concluyente:

-Cierto es que nuestro deber primero será avisar a las autoridades. Mas antes sería un acto de prudencia constatar posibles rastros en el aposento del extinto; su puño cerrado puede guardar vestigios valiosos.

Todos asentimos, con la oculta esperanza de hallar elementos que lo explicaran todo. En desordenado desfile marchamos hacia la última morada del lacedemonio.

El cadáver había huido.

En el lugar donde con ojos idóneos examiné al decapitado, el vacío. Por fortuna, salpicaduras de sangre atestiguaban por Fidión y por mí. Nada más. Registramos con esmero innecesario entre el escaso mobiliario de la habitación; no había lugar donde esconder un cadáver. Tampoco pudimos hallar signos de arrastre de un cuerpo. Era inexplicable: nadie pudo retirarlo de la hostería sin atravesar el salón; pero allí permanecimos reunidos desde que conocimos el homicidio.

Decidimos investigar por toda la casa; sala por sala recorrimos sin encontrar muerto alguno, ni una mano o un pie que lo anunciaran. El ánimo del asesinado había emprendido viaje al reino de Plutón llevándose su envoltura corporal completa (y el secreto de sus últimos momentos). En el salón, ya de regreso, debatimos acaloradamente y sin oírnos. La mayoría afirmaba que el aviso a las autoridades nos cubriría de bochorno, se burlarían de nosotros.

-No dudo de la cordura de Fidión ni la de Euribíades -agregó Tireo-, pero quienquiera que oiga su relato, si no exhibimos un muerto, pensará que padecemos el mal de los orates.

-¿Dónde se vio un delito sin víctima?- inquirió con ironía Aetón.

Emergían vivamente las veleidades de la condición humana: los sospechosos no temían al castigo sino al ridículo.

Con suavidad Creotas insinuó el olvido.

-Sólo nosotros conocemos este infausto acontecimiento. Además del relato de Fidión y Euribíades, hemos constatado las gotas de sangre. Es todo lo que resta de este episodio. Cuando las gotas sean lavadas, no quedará ninguna señal, tan

solo nuestra falible memoria para atestiguar un hecho incierto. En lugar de una denuncia de resultado improbable, sería más sencillo actuar como si nada hubiera ocurrido. El silencio descendió pesado como una niebla otoñal.

-Borremos, simplemente, el suceso de nuestros pensamientos.

Ante mi asombro todos, sin consultarse, aceptaron de inmediato (incluso yo). Hipócritas, adjudicamos sin vacilar al laconio la cómoda -para nosotros- categoría de la inexistencia. No solo la futura sino también la pretérita. Bastaría no pensar en él para quitarle los jirones de su supervivencia, que como la de todos los muertos solo reside en la evocación. Un poco de agua que lavara la sangre y nunca hubo un espartano.

-Al fin y al cabo -meditó en alta voz Tireo- su cuerpo se ha esfumado como tarde o temprano se esfuman todos los cuerpos.

-Eliminar asimismo de nuestro intelecto, amigos, su paso por el mundo -Creotas nos miró uno por uno- es acción de escaso reproche: sólo anticipa un porvenir inevitable. Así como desaparecen los despojos, el tiempo, inexorable, borra el recuerdo de los hombres.

IV

Más tarde, una conversación con el ateniense me ofreció las claves para levantar los velos.

Avanzada la mañana deambulaba por la hostería sin rumbo ni ideas ciertas; encontré a Creotas sentado bajo la galería, mirando inexpresivo a lo lejos. En silencio me senté a su lado.

Sin mirarme ni cambiar de postura, desgranó sus cavilaciones en tono monocorde.

-Sabrás Euribíades que el sino de cada mortal está grabado en las rocas, nadie puede escapar a su moira. Si el desdichado está muerto, bien muerto está y nadie se ha de lamentar. ¿Quién ha visto a un espartano bueno? Los discípulos de Pitágoras, recuerdas, sostienen la relación precisa entre todas las cosas.

-Mi pedagogo Pesilao -recordé- a quien tanto debo, enseñaba que describen al universo como una trama matemática. Si algún mortal la desentraña podrá dominar el futuro.

-Todo está anotado en el libro de los dioses. Como los números de esos comerciantes

corintios, carentes de figuras, ocultan ovejas y aceites, en las grafías del destino permanece la vida misma.

Símbolos, todo es símbolo, pensé. Cada nube, cada gesto.

-Ni las propias divinidades pueden escapar a su hado, y los balbucientes arúspices apenas logran entrever el conocimiento -continuó el ateniense-. Más te diré: desde lo alto, desde el Olimpo, se ve con claridad la carrera. Allí los destinos humanos se entrelazan en el gran poema de la vida. Escrito estaba que Eneas sería derrotado y las murallas de Ilión se abatirían ante los aqueos, y todos contribuimos a que así fuera; conoces el final. No hay un grano de trigo cuya suerte sea indiferente al resto del universo. Nunca sabremos quien de nosotros fue el asesino, como en rigor tampoco conocemos la causa de ninguna muerte.

Alcé mis cejas.

-No, no me son desconocidos el puñal o la peste, Euribíades, sé que son los instrumentos. Pero la causa real ¿cuál es? ¿por qué debemos morir? Ah, amigo, aceptemos los hechos tal como son y no nos rebelemos persiguiendo inalcanzables certezas. Olvidemos este desagradable episodio; no nos ocupemos más. Convídame a beber la excelente cerveza que tienen aquí, mi bolsa está exhausta.

Nos despedimos al siguiente amanecer con amabilidad, yo aún sorprendido del silencio concertado. Jamás volví a ver a ninguno, aunque años más tarde, en una calle de Atenas cercana a la Acrópolis, creí reconocer a Tireo; el hombre pasó con celeridad, desviando su mirada.

V

Ningún enigma dejaba atrás. Con rapidez comprendí lo evidente, lo que quien quiera que lea estas palabras ya habrá inferido: el asesino era Creotas.

¿Quién neutralizó con habilidad la propuesta de Arsinoe de avisar a las autoridades? Él nos indujo -sin encontrar resistencia, lo admito- al olvido. Más tarde, en su largo y ostentoso discurso, intentó distraerme de la muerte concreta con patrañas metafísicas -maniobra que, por supuesto, no escapó a mi atención-. Fue él quien con astucia armó acciones de encubrimiento, sembró niebla por acá y olvido por allá.

El odio de atenienses y espartanos añadía otra

circunstancia que descartaba a los restantes huéspedes.

Y decisiva era la alusión de Creotas al puño del muerto: ni Fidión ni yo habíamos mencionado el detalle. Solo podía referirlo con naturalidad quien hubiera visitado el escenario del crimen.

En cuanto al motivo final, tampoco constituía una incógnita: el robo de las lechuzas de plata. Pese a su prodigalidad, la bolsa del ateniense permaneció colmada por la noche, detalle que no eludió mi atenta observación. Sin embargo luego del crimen Creotas me pidió que le pagara la cerveza; las monedas se habían esfumado. El robo -¿qué otra explicación?- implicaba una ofensa que se cobraba con la muerte. Todos los espartanos son ladrones y los atenienses suelen vengarse de ellos con crueldad.

Creotas tenía los móviles y la osadía para acabar con el despreciable ladrón.

La desaparición del muerto no era tan inteligible; quizás Creotas, mientras discutíamos, se retiró a sobornar a un esclavo para que lo escondiera. Indagué tanto en esa posibilidad -no pude imaginar otra- que terminé viéndola ante mis ojos como un hecho acaecido. Ah secretos de los hombres, que pueden sustituir la realidad por la imagen de sus deseos.

Otras dudas quedaban atrás pero carecían de importancia: el asesino estaba identificado. No existía misterio.

VI

Años después conjeturé que la solución era imperfecta y mis conclusiones presuntuosas y erróneas.

En una barca destartada que atravesaba el Egeo, mientras maldecía una tormenta que llevaba ya un día y dos noches, la luz de los rayos que Zeus nos prodigaba alumbró mi entendimiento. La cubierta aparecía y desaparecía, y en un instante entendí cómo una iluminación incorrecta desvía la comprensión de lo observado.

No había mirado el episodio de Tespías con la luz adecuada.

En mi niñez, mientras Pesilao me develaba los arcanos de letras y números, intercalaba otras lecciones. Un día mostró una manzana: brillaba apetitosa. Deseé disfrutar su sabor; en el momento que me la alcanzó, mis dientes descubrieron con dolor que era de

cerámica.

-Desconfía de lo aparente- me dijo entonces.

Debí aprender allí que, como instruyera Platón, no siempre la forma manifiesta se corresponde con lo real: espejismos, reflejos, ilusiones, deforman al universo. El mundo entero no es más que sombra del otro, el verdadero.

Examiné nuevamente aquellos sucesos eliminando las meras apariencias, y la realidad hasta entonces desfigurada pudo brillar: supe así que dos veces me vestí de ingenuidad, cuando actué en la hostería y al atribuir la muerte al ateniense. El criminal no pudo ser Creotas.

Porque Creotas nunca existió.

En la Hostería del León convergieron esencias y apariencias.

Aires de guerra recorrían por esos días el territorio heleno. Desde Macedonia, Filipo expandía sus dominios hasta amenazar a la mismísima Atenas. Por la tenacidad de Demóstenes la polis formó una coalición para detenerlo, que agrupaba entre otras a Corinto y a Tebas. El destino de la Hélade estaba en juego. Una encrucijada de caminos y el azar reunieron un grupo irreal; espías de nuestras ciudades, todos ensayábamos juegos de engaños, sonsacando datos ajenos -inquiriendo sobre puentes, ejércitos, murallas- y escamoteando los propios. Aún potenciales aliadas, las ciudades -como siempre fuera- se desconfiaban entre sí. El único auténtico era Fidión de Tespías, y aún eso pongo en duda. Busqué, con torpeza, alcanzar información; ellos se burlaron de mí, y en especial el que creí Creotas. No los contemplé con el prisma de Pesilao.

Evoqué, entre otros incidentes, que los cretenses se miraron incómodos cuando quise profundizar en los motivos de su viaje, y lo atribuí estólidamente a la enfermedad del pequeño -ahora descreo de que fuera su hijo-. Eran espías, probablemente al servicio del macedonio.

Las claves precisas las hallé desentrañando el pedante monólogo del ateniense. Todos contribuimos a la caída de Ilión, había afirmado. Es sabido que los dioses descendieron a librar batalla ante sus muros. Aludió, además, a la visión del mundo desde el Olimpo, mención impropia de mortales. Razoné que la desaparición del cadáver era oscura y la tesis del esclavo insostenible; inverosímil también suponer que

Fidión lo ocultara para evitar el desprestigio: yo no me separé de él. La única conclusión admisible era que la supresión del cuerpo se efectuó mediante artes superiores.

A mi memoria acudió el episodio de Delfos y la profetizada muerte de Harmodio.

Los indicios confluían en la misma dirección.

Rememoré que aquella madrugada irrepetible soñé con discusiones y pies con alas. ¡Hermes! Quien otro sino el de los pies alados, el heraldo de los dioses. No eran sueños. En el tejado, a mi lado, debatió mi suerte -no la del espartano, que ya estaba echada- con otro olímpico. Ellos repitieron mi nombre, recordé, antes de que Fidión me despertara. Esa noche en mi incapacidad había rozado y quizás recibido -sin advertirlo- secretos vedados a los hombres. Si el fallo me fue favorable es porque mi vida o mi muerte carecían de importancia: debo mi salvación, es probable, a mi estupidez.

No descarto que el lacedemonio, a su vez espía de su ejército y más competente que yo, desenmascarara la identidad de Creotas: su muerte fue inevitable.

Los dioses suelen entrometerse en nuestros amores y en nuestras guerras, y así adoptaron bandos y ejecutaron acciones concretas

en Ilión. Lo hacen por motivos que ignoramos; sus designios nos están velados. Tal vez el llamado Creotas, por divertirse, condescendió a levantar una punta del manto para que este mortal atisbara.

El ateniense ni siquiera era ateniense, en realidad conspiraba contra Atenas. Tan solo una máscara, un personaje de teatro, su figura ocultaba a alguien poderoso. El espartano, yo y alguno más intrigábamos para nuestras ciudades; Creotas fue emisario de los inmortales.

Era, él mismo, un dios del Olimpo.

Y sé cuál de ellos. La mujer del posadero había enfilado la senda acertada.

Pero ¿a quién revelar mis sospechas? Me adjudicarían la locura. Aunque aportara variadas pruebas que por esa época Ares bajó a la llanura, convivió con los hombres levantando ejércitos e insuflando un tonto espíritu guerrero a helenos y macedonios. Ares, el dios de la guerra, hollando la tierra argiva, pernoctando en hosterías, bebiendo cerveza y aplaudiendo bailarinas. Ares el olímpico asesinando espartanos perspicaces. Ni siquiera acreditaría mi cordura recordando a quien me oyera que, al poco tiempo del crimen de la Hostería del León, Filipo en notoria alianza con Ares destrozó el orgullo aqueo en la batalla de Queronea.

Por José Carlos Canalda

Despertó súbitamente sintiendo una incómoda sensación de malestar. Abrió los ojos y los volvió a cerrar; no podía ser. Él estaba en su cama, pero lo que había entrevisto en su fugaz mirada no era el familiar techo de su habitación, sino un incongruente cielo gris...

No podía ser; debía estar soñando. Pero él se sentía despierto, completamente despierto. Sin abrir los ojos palpó cautelosamente la cama; no era su cama. La superficie que se extendía bajo su cuerpo no era ni blanda ni dura, ni fría ni caliente, ni áspera ni lisa. En realidad era... No sabría decirlo, ya que en realidad no mostraba ninguna sensación táctil que le pudiera resultar familiar; tan sólo se limitaba a soportar su peso.

Volvió a abrir los ojos, esta vez con lentitud. Ante su vista tan sólo existía, hasta donde podía abarcar con la mirada, un firmamento de monótono color gris al que ningún accidente interrumpía por ninguno de sus lados.

Y estaba despierto, de eso no cabía la menor duda. Se incorporó hasta sentarse y miró con nerviosismo a su alrededor: Gris, gris y sólo gris. Gris en el cielo y gris en el suelo, una superficie lisa que se extendía sin obstáculos de ningún tipo hasta fundirse con la grisura uniforme del cielo en el indistinguible horizonte.

Pero su mayor sorpresa fue al mirarse a sí mismo. Estaba desnudo, completamente desnudo, y también su cuerpo era de color gris... Un gris absurdo que le confundía, en un camuflaje perfecto, con la grisura que le rodeaba por todos lados.

Se puso de pie cada vez más perplejo. A pesar de su desnudez no sentía ni calor ni frío, aunque a decir verdad más bien parecía como si careciera por completo de sensibilidad a la temperatura... Exactamente igual que le ocurriera con el tacto, Pero, ¿qué sucedía con el resto de sus sentidos? Ver veía, eso era evidente, ¿pero oía?

Entonces cayó en la cuenta de que un silencio sepulcral le envolvía por todos lados, un silencio tan imposible como real. Ni siquiera sus pies (había comenzado inconscientemente a andar) producían el menor roce al deslizarse por el desconocido suelo.

Presa de una repentina idea abrió la boca y gritó... Y se oyó perfectamente, aunque su voz privada de eco sonó apagada y extraña. Bien, no sólo veía sino que también oía. Pero, ¿qué ocurría con el resto de sus sentidos?

El tacto también persistía, como comprobó pellizcándose un brazo. También notaba la firmeza del suelo bajo sus pies, aunque en este caso la sensación que obtenía se limitaba a informarle sobre la presión ejercida por su propio peso.

El olfato... No olía absolutamente nada, pero eso no tenía mucho de particular ante la carencia completa de olores exteriores. Sí podía respirar con toda normalidad, sin que notara nada de particular en el aire que penetraba en sus pulmones.

Por idénticas razones carecía asimismo de estímulos que afectaran al sentido del gusto, aunque una asociación de ideas le hizo pensar en comida... A pesar de que no sentía la más mínima sensación de hambre.

Todo era absurdo, endemoniadamente absurdo, pero parecía tan real... Bien, se dijo encogiéndose de hombros; si era una pesadilla, ya desaparecería por sí sola. En realidad él debía de estar en estos momentos durmiendo tranquilamente en su cama, pero...

Por más que lo intentaba, no conseguía recordar nada de su vida normal, ni tan siquiera su nombre. ¿Quién era, qué hacía, dónde vivía? Parecía como si una esponja húmeda hubiera pasado por su cerebro borrando la totalidad de sus recuerdos... A no ser que se tratara de otra peculiaridad de la pesadilla que estaba viviendo, una pesadilla que parecía no tener fin.

No podía ser real, aunque le molestaba extraordinariamente no poder librarse de tan desagradable decorado. Algo tenía que hacer, no obstante, ya que quedarse cruzado de brazos no haría sino incrementar su incomodidad. ¿Qué hacer? Tan sólo se le ocurría andar en busca de cualquier accidente, por nimio que fuera, que sirviera para romper la exasperante monotonía que le envolvía por todos los lados.

Andar sí, ¿pero hacia dónde? Carecía por

completo de cualquier tipo de referencias que le pudieran servir de orientación tanto en el suelo como en el cielo, se dijo estremeciéndose al descubrir que tampoco había sol.

En esas circunstancias cualquier dirección sería igual de buena, por lo que comenzó a caminar sin rumbo aunque, eso sí, procurando hacerlo en línea recta.

Finalmente se detuvo no por cansancio físico, sino por hastío. El paisaje en torno a él seguía siendo exactamente igual sin que pudiera apreciar la menor diferencia con respecto al lugar en el que despertara. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Lo ignoraba por completo, y lo peor de todo era que no tenía ninguna forma de saberlo al carecer de toda referencia externa. Su reloj, evidentemente, había desaparecido con el resto de la ropa, y la ausencia de ciclos de luz y oscuridad en aquella grisura uniforme le impedía calcular, siquiera de forma aproximada, el paso del tiempo.

Lo peor de todo era que también estaba privado de sus propios ritmos internos. Él tenía conciencia de haber estado caminando al menos durante varias horas, pero no experimentaba la menor sensación de cansancio. Tampoco tenía ni hambre ni sed, ni había sentido ninguna otra necesidad fisiológica. ¿Cómo podía ser eso? De repente se le ocurrió una idea: Intentó orinar sin el menor resultado.

Era absurdo, pero no lo era menos que cualquier otra de las circunstancias en las que se había visto sumido desde que despertara. Un lugar en el que el suelo era gris y liso como la palma de la mano, en el que el cielo presentaba el mismo aspecto sin que se pudiera atisbar el menor veteado de unas hipotéticas e inexistentes nubes, no era ciertamente algo que se pudiera considerar habitual. Para mayor desconcierto su cuerpo se mostraba perfectamente normal a excepción del incongruente color gris y de su aparente falta de ritmos internos.

¿Qué podía hacer? ¿Seguir caminando? Ya lo había estado haciendo sin el menor resultado. Pero por otro lado, ¿qué ganaba quedándose quieto en aquel lugar tan inhóspito?

Así pues, volvió a caminar. Lo hizo durante horas, quizá durante días enteros, o cuanto menos así le parecía a él, aunque en realidad era completamente incapaz de evaluar, siquiera de una manera aproximada, el paso del tiempo.

Seguía sin cansarse y sin tener ni hambre ni sed, y tampoco le acuciaba el sueño. Mientras tanto, por más que caminaba el paisaje que se vislumbraba a su alrededor seguía siendo exactamente igual. Siempre igual.

Pasó el tiempo. ¿Cuánto? Lo ignoraba, pero le parecía una eternidad. Días, semanas, meses... Y siempre igual, sin más interrupciones en la mortal monotonía que sus esporádicas detenciones no para descansar, ya que ni tan siquiera sentía la necesidad de sentarse, sino para decidir una alteración en su rumbo, aunque en realidad le daba exactamente igual ir hacia un lado o hacia otro.

Y seguía sin saber quién era. Por más esfuerzos que hacía no conseguía recordar absolutamente nada que fuera anterior al momento en el que despertó bajo el firmamento gris. Sí, sabía que había tenido una vida anterior, pero cualquier referencia concreta a la misma parecía haber sido completamente borrada de su mente.

Así pues, privado de su pasado y carente de cualquier futuro, tan sólo le quedaba el refugio del presente... Un presente que parecía mostrarse cruelmente eterno tanto en el espacio como en el tiempo.

Una eternidad después, o cuanto menos eso le parecía a él, continuaba vagando sin rumbo por la superficie gris que tan familiar le resultaba ya. Nada había cambiado desde que abriera los ojos por vez primera en aquel mundo irreal, aunque ciertamente eso ya no le importaba lo más mínimo. Resignado a su suerte, una suerte que al parecer nunca iba a tener fin, se limitaba a aceptar la realidad tal como le venía impuesta sin cuestionarla siquiera. Además, ¿cómo podría haberlo hecho de haberlo querido así?

Sin embargo, algo iba a ocurrir en el discurrir monótono de su vida. Tras uno de los esporádicos cambios de rumbo que realizaba al azar de vez en cuando, observó con sorpresa que el impoluto horizonte gris se hallaba manchado por un minúsculo punto negro.

Era ésta una novedad digna de atención, y de hecho era la primera novedad que encontraba en aquel maldito mundo gris. Sintiendo que la ansiedad se apoderaba de su cuerpo se encaminó hacia el insignificante, aunque esperanzador accidente; parecía estar muy lejos, pero si de algo estaba sobrado era precisamente de tiempo.

Caminó, caminó y caminó con impa-

ciencia, pero el punto negro parecía querer burlarse de él manteniéndose siempre fuera de su alcance. Corrió entonces por vez primera desde que despertara allí, pero a pesar de que no sentía la fatiga y pudo mantener la carrera durante un tiempo que a él se le antojó de varias horas, el punto negro se mantuvo incólume en la lejanía.

Desesperado, se derrumbó en el suelo. Acurrucado sobre su cuerpo, con la cabeza escondida entre las manos, sollozó amargamente víctima de su propia impotencia. Su resistencia había llegado ya al límite y ahora, cual muñeco roto, tan sólo deseaba recibir el don de la extinción que tan cruelmente le había sido negado.

Nunca sabría cuanto tiempo estuvo ausente, pero cuando finalmente alzó de nuevo la vista apreció que el huidizo punto negro se había acercado a él... O había aumentado de tamaño, ya que la carencia absoluta de puntos de referencia le impedía discernirlo con la suficiente certeza.

¡Qué más daba! El caso era que, de una u otra manera, la hasta entonces esquiva singularidad ahora resultaba ser aparentemente más accesible. ¿Continuaría siéndolo?

Continuaba. El punto negro aumentaba ostensiblemente de tamaño y ya mostraba un diámetro aparente similar al de una moneda vista de escorzo. Al parecer se encontraba en el suelo y era de forma circular, pero la forzada perspectiva le hacía verlo en forma de una elipse muy excéntrica.

-Está lejos -se dijo-. Y además debe de ser bastante grande.

Inmóvil sobre el terreno observó absorto cómo la cada vez mayor mancha negra -ya no podía ser calificada de punto- se extendía aumentando cada vez más de tamaño, acercándose hasta donde él se encontraba.

No se percató de la verdadera naturaleza de la mancha hasta que ésta no abarcó casi la mitad del horizonte mientras su borde, afilado como un cuchillo, se adivinaba ya próximo a sus pies.

-Es un agujero. -se dijo sintiendo un escalofrío- Es la nada.

Y se acercaba cada vez más rápidamente. Presa de un repentino pánico giró sobre sus talones y se lanzó a correr despavorido huyendo de lo que para él era ya una amenaza.

Ni siquiera se paró a pensar que el abismo de inmaterialidad que se abría a sus espaldas

podiera ser la anhelada solución a lo que hasta entonces había considerado como una cruel condena; la parte irracional de su mente hacía prevalecer el ciego instinto de conservación sobre cualquier otro impulso, impidiéndole plantearse siquiera que ser engullido por la negrura que le perseguía pudiera ser deseable para él. Simplemente, corría.

Pero la nada era mucho más rápida que él, y su ominoso borde iba reduciendo inexorablemente la distancia que le separaba de su indefensa presa: Doscientos metros, cien, cincuenta, veinte, diez, cinco...

Cuando sintió desvanecerse bajo sus pies la solidez del grisáceo suelo, tuvo la certeza de que su fin había llegado.

A pesar de los repetidos períodos de vigilia, de los cuales guardaba tan sólo un recuerdo brumoso, tardó bastante tiempo en darse cuenta de que se encontraba postrado en la cama de un hospital. Poco a poco, en un doloroso proceso de reconstrucción de su consciencia, fue percibiendo la realidad que le rodeaba.

Estaba, efectivamente, en un hospital, y la familiar actividad que tantas veces había vislumbrado desde fuera la experimentaba ahora personalmente. Abandonado por sus propias fuerzas y rodeado de aparatos e instrumentos cuya función tan sólo podía adivinar de forma aproximada, no conseguía recordar los motivos que le habían condenado a tan deplorable estado.

Cuando finalmente pudo hablar preguntó a las enfermeras qué le había ocurrido, pero éstas se limitaron a decirle que se encontraba sumamente débil y que debía recuperarse. Ya habría tiempo para las preguntas.

Con los médicos el fracaso fue todavía mayor. Tras sus infructuosos intentos tan sólo tenía clara una cosa: Había sido víctima de una grave crisis -todavía ignoraba su naturaleza- y había estado al borde mismo de la muerte. Ahora se estaba recuperando lentamente y los médicos afirmaban que volvería a la normalidad, si bien le pedían paciencia.

Poco a poco el disperso mosaico que eran sus recuerdos fue encajando lentamente sus piezas haciendo retroceder la angustia que le embargaba conforme se recuperaba de su inicial amnesia. Supo, al fin, de su vida, una vida sin demasiado de particular: Un trabajo aburrido, una familia

inexistente, una soltería que comenzaba a pesarle como una losa... Y el accidente.

Ahora lo recordaba. Una noche de juerga, cosa rara en él, un exceso de alcohol, una conducción temeraria cuando no estaba en condiciones de hacerlo... Y la farola que se cruzó en su camino.

El traslado de la UCI a una habitación le permitió dialogar con sus amigos, mudos testigos -viajaban en otro coche detrás de él- de la tragedia que a punto había estado de costarle la vida. Pudo así llenar el espacio en blanco que abarcaba desde el momento del choque hasta su despertar rodeado de cables en el hospital: Al parecer había sufrido un fuerte golpe en la cabeza y, malherido, había sido operado urgentemente ya que los médicos temían por su vida. Había pasado varios días sobre el filo de la navaja, aunque finalmente su juventud y su fortaleza habían volcado la balanza del lado de la vida.

En las últimas etapas de su recuperación, cuando ya estaba cercano a recibir el alta, un médico le reveló un detalle perturbador.

-Creíamos que usted se nos iba -le confesó ufano, con la satisfacción de quien sabe que ha hecho bien las cosas-. Tuvimos que luchar contrarreloj para atajar la hemorragia cerebral que había sufrido, y le confieso que todos nosotros teníamos el temor de llegar demasiado tarde.

-Estuve cerca -sonrió él, intentando quitarle hierro al asunto.

-No lo sabe usted bien -suspiró su interlocutor-. De hecho, llegó a estar en estado de muerte cerebral durante varios minutos. Por fortuna conseguimos reanimarlo; de no ser cirujano, me hubiera atrevido a decir que se trató de un milagro.

Un milagro... Él nunca había creído en ellos, y tampoco estaba dispuesto a aceptar que hubiera sido objeto de uno de ellos. ¿No era más sencillo pensar que el hombre era incapaz de comprender los sutiles mecanismos que gobernaban la vida?

Sí, probablemente habría una explicación racional más prosaica que la sobrenatural para justificar su retorno del reino de los muertos, y por otro lado tampoco le preocupaba demasiado; estaba vivo, y eso era lo único que en realidad importaba.

Todo parecía, pues, estar arreglado; fue dado de alta y volvió a su aburrida vida normal.

Pero una noche...

Despertó sobresaltado, víctima de una cruel pesadilla. Se había visto perdido en un mundo gris, bajo un cielo también gris.

Al principio no le dio mayor importancia; al fin y al cabo, un sueño era tan sólo un sueño. Pero repentinamente recordó, recordó su vivencia en aquel lugar maldito. Y supo que no había sido ninguna pesadilla, sino el recuerdo olvidado de una inquietante realidad.

Las cosas encajaban finalmente en su lugar. Él había estado realmente en ese mundo gris mientras su cuerpo se encontraba en estado de muerte cerebral, él había vagado sin rumbo por esas llanuras infinitas durante un período de tiempo que se le había antojado una eternidad, y había sido rescatado finalmente por esa nada creciente que le había engullido a la par que al planeta.

Sin embargo, había algo que no acababa de comprender. Los médicos le habían dicho que su muerte cerebral había durado apenas unos pocos minutos, y realmente tenía que haber sido así puesto que de haberse prolongado este estado jamás hubiera podido recuperarse a causa del deterioro irreversible de su cerebro. Pero él no había estado tan sólo unos minutos en el mundo gris, sino un tiempo infinitamente más largo: Semanas, meses, quizá años.

Su petición de ayuda a los mismos médicos que le habían atendido no sirvió para despejar sus dudas; según ellos en un estado de muerte cerebral el cerebro tenía interrumpidas todas sus funciones a excepción quizá de las más básicas, y en esas condiciones no podía desarrollar ninguna actividad mental. Probablemente la historia del mundo gris había sido una ensoñación momentánea producida en el momento en el que su mente se recuperaba, mientras la contradicción existente entre la duración aparente de su *sueño* y el tiempo que realmente había permanecido en ese estado era fácilmente explicable basándose en las distorsiones de la realidad características de estos estados oníricos. No tenía, pues, que preocuparse por el mundo gris más de lo que lo haría por una pesadilla normal.

A pesar de tan tranquilizadoras palabras, él seguía sin estar satisfecho. Así pues, fallida la explicación racional recurrió a una posible interpretación esotérica de su experiencia buscando el consejo de uno de tantos

investigadores -reales o fingidos- de ese brumoso estado intermedio entre la vida y la muerte. Era plenamente consciente de que corría el riesgo de caer en manos de un embaucador, pero estaba dispuesto a asumirlo en aras de su paz interior.

Tras varios intentos infructuosos logró ponerse en contacto con un conocido -relativamente- parapsicólogo que le pareció honrado y lo suficientemente serio. Podría estar equivocado, se dijo, pero al menos contaba con una razonable garantía de que no le iba a tomar el pelo. Este investigador había publicado varios libros acerca de las vivencias, reales o no, de las personas que como él mismo habían retornado de la muerte, y desde luego se mostró sumamente interesado por su historia.

Interesado y perplejo, puesto que según le confesó, su relato se salía por completo de lo habitual. Ya se sabía: La historia del túnel por el que avanzaba el alma del fallecido en busca de la luz, la sensación de una inmensa placidez, el reencuentro con los seres queridos que venían a buscarlo, el ser luminoso que irradiaba bondad... Éste era, con distintas variantes, el decorado común que ya se había convertido en un clásico de la parapsicología. Pero el mundo gris por el que vagara sin rumbo durante una eternidad... Ciertamente se trataba de una novedad absoluta.

El parapsicólogo le trató muy bien e incluso le pidió permiso para incluir su caso en su próximo libro, pero la verdad fue que tampoco pudo aclararle sus dudas.

Quedaba aún una última interpretación, la religiosa. Él nunca había sido practicante e incluso se le podría definir perfectamente como un agnóstico, pero... ¿Acaso el mundo gris no podía haber sido su limbo particular al estarle vedada su

entrada en el Más Allá mientras su alma no se hubiera desprendido irreversiblemente de su cuerpo? ¿Acaso no habría estado en una especie de sala de espera de la cual había retornado finalmente al mundo real al no haber llegado a morir del todo?

Ciertamente esta explicación chocaba de forma frontal con su propia lógica, amén de que la teoría del túnel luminoso entroncaba en realidad con la religión... Por lo que ni tan siquiera podía estar seguro de ello.

Más interesante le resultó la teoría de un desconocido filósofo que encontró por casualidad en uno de los libros perdidos en su biblioteca. *"No existen un cielo ni un infierno"*, afirmaba este pensador, *"sino que cada cual tiene su propio Más Allá en función de sus creencias y en función de lo que espera encontrar"*.

Dicho con otras palabras, de haber muerto definitivamente en el accidente él se hubiera encontrado con su propio concepto de la vida ultraterrena; y puesto que nunca había creído en la misma, lo lógico era suponer que se hubiera fundido en la nada.

¿Y qué era entonces ese mundo gris? ¿Un simple lugar de espera del que habría salido tarde o temprano de una u otra manera, o su Más Allá definitivo, donde la nada revestía la forma de una condena a vagar para siempre sin la menor esperanza de una redención?

Esta perspectiva le aterraba. Y entonces comenzó a creer. A su manera, por supuesto, y sin tener nada en común con las doctrinas clásicas del cristianismo o de cualquier otra religión; pero necesitaba creer en algo, ya que le aterraba la idea de verse prisionero de nuevo en ese maldito mundo gris, esta vez por toda la eternidad.

Héroes (II)

Por Javier Ludeña

En la anterior entrega estábamos diciendo, entre otras cosas, que como regla general se puede decir que la necesidad de símbolos heroicos surge cuando el ego necesita reafirmarse (y hacíamos incluso alguna referencia a "egos colectivos", si se me acepta esta expresión inventada a cambio de la de "identidad colectiva"), o cuando la mente consciente necesita ayuda en alguna tarea que no puede realizar sola o sin recurrir a las fuertes de fortaleza que yacen en la mente inconsciente, y que son comunes para toda la especie.

Ahora bien, extendámonos más, y admitamos que también hay muchas clases de héroes, incluso al margen de la clasificación que ofrecimos en el pasado número.

Los hay, por ejemplo, que vencen al monstruo... y los hay que no. Empezando por los segundos, son héroes que viajan a un infierno propio por medio de la retirada o la derrota. Finalmente también triunfarán, pero de otro modo: triunfarán en la reconciliación consigo mismos o con el restablecimiento de la paz rota por su ineficacia y sus consecuencias. Desde Jonás, cuya aventura es un viaje siguiendo la trayectoria del Sol prisionero en el interior de una ballena, hasta los personajes del relato catastrofista, que sobreviven entre los pedazos de su pueblo destruido o se salvan gracias a la huida, todos ellos pertenecen a este grupo. Son héroes que luchan contra una especie de tinieblas propias, lo que podríamos llamar la sombra de la psique. Esta sombra es lo que en el terreno de la psicología entenderíamos como lo que está escondido de uno mismo ante sí propio, lo reprimido, casi siempre lo más desfavorable o incluso odioso (lo peor, en síntesis) de la propia personalidad. El ego está siempre en conflicto con la sombra, en una especie de "batalla por la liberación". A menudo no es que la conciencia sea menos destructiva que esa sombra "prohibida", muchas veces entre la oscuridad habitan tendencias y posiciones normales e instintos creativos, pero que por una razón u otra (razones sociales, traumas, etc.) no permitimos salir a flote. En cualquiera de los casos, aquel que doma su sombra, en mayor o menor medida, está progresando en su afianzamiento como persona y reforzando su ego. El objetivo de estos héroes no es por tanto llegar a lo más alto, sino simplemente dejarlo todo como estaba, como si "aquello" (la derrota, la sombra) no estuviese ahí, o bien asumir "aquello" y alcanzar una estabilidad que no se tambalee ni se incomode por su causa.

Perdónenme que estos artículos estén resultando tan psicológicos, no se me ocurre mejor manera de explicar estos temas que en dicho terreno, del mismo modo que para explicar otros tendré que remitirme a la metafísica o incluso a la aritmética. Eso lo iremos viendo sobre la marcha.

Pero aún queda pendiente hablar del héroe triunfante, la mayoría de ellos de hecho, el héroe que vence o el que mata al Dragón (entendiendo por dragón, ustedes saben, la alegoría de cualquier gran Mal). En el caso de éste la interpretación es ambivalente: triunfa el ego sobre las dificultosas circunstancias de las que la vida le rodea, y a la vez se enfrenta a esa misma sombra de la que hacíamos mención al hablar del héroe derrotado. El héroe debe saber extraer fuerza de "las tinieblas", ser lo suficientemente terrible para quedar por encima de ellas. Luego el héroe debe saber extraer fuerza de su parte oculta y rechazada, enfrentándose a ella lo primero. Tanto es así, que con mucha frecuencia es el propio mito el que ya presenta alguna clase de conexión entre el héroe y su antagonista, el Dragón o simplemente el Mal, cualquier mal, "monstruo" en el plano mítico. Su génesis es a veces común, o tienen trayectorias paralelas, son consecuencia uno del otro, o pueden llegar incluso al caso de parentesco. Ejemplos de esto lo encontramos en muchos ciclos míticos europeos, desde el Rey Arturo, y su contrario el hijo/sobrino Mordred, a Ricardo Corazón de León y su propio hermano Juan sin Tierra; del mito saturnal (la institución de la paternidad/maternidad psicológicamente puede ser una barrera, como veremos más tarde), a la más general de las ontologías cosmológicas que atribuyen el nacimiento del Bien y del Mal a partir de un Caos inicial y común. Tan a menudo es esto como que, por lo general, héroe y "villano" no son sino dos caras de una misma moneda, como el Estudiante de Praga y generalizando el mito del "doble" ("William Wilson", "Confesiones de un pecador justificado", etc.), una moneda que es la personalidad completa, y de la que "bien" y "mal", ego y sombra, no son otra cosa que iguales manifestaciones. La sombra en esta ocasión puede representar

también un deseo regresivo. De cualquier forma, el ego surgiente prevalece sobre los peligros y "se libera", supera la inconciencia, la inmadurez.

Pero, ¿qué es eso otro que suelen hacer los héroes tan a menudo, además de autoconservarse y trascender en su propia aventura? La respuesta ya estará aflorando en los labios del lector: el héroe salva a los demás, y preferentemente salva a la doncella.

Sí, he escrito doncella, en el sentido que nuestras propias tradiciones le dan como idealización (según las reglas morales del momento en el que estas tradiciones se pusieron más de moda) del Eterno Femenino, y por extensión de cualquier mujer. En este planteamiento sería demasiado precipitado echarle toda la culpa del encasillamiento de sexos al severo peso de una cultura masculina como ésta en la que vivimos. No nos dejemos arrastrar por el afán de alguna revolución pendiente, ni hagamos demagogia fuera de lugar. Probemos otro enfoque: incluso envueltos en una tendencia a la igualdad de condiciones, o más allá, una vez alcanzada esa igualdad, es fácil de percibir que la mujer como inventora de historias tiene una tendencia menor hacia el arquetipo del héroe salvador que la de los creadores masculinos. Una tendencia menor, me atrevería a especular, que quizás sí que sea debida únicamente a la influencia del medio social predominantemente masculino, pero no en el sentido que alguno podría esperar, sino en el contrario: el espíritu creativo de la mujer, sin contaminarse con el intento de mimesis de la tradición que ha vivido y percibido desde niña (que es masculina), desarrollará una clase de héroes que triunfan y se desarrollan, pero potenciando los aspectos simbólicos que más necesita su psique, y dejando de lado aquellos que son propios de las necesidades de reafirmación de una personalidad varonil. Y una de esas necesidades obviadas por ellas y tan fuertes en ellos es el salvamento de la muchacha... o siquiera del caballero.

Me explicaré con rapidez antes de que alguna lectora discrepe más allá de lo que su propia paciencia le permita, y decida desertar de la lectura. Creo que esto es así, y no soy el único, debido a que el símbolo del salvamento es un símbolo tan interpretable como cualquiera de los otros, y tan cargado de necesidad e importancia como lo era el del Dragón o el del objetivo en sí de la hazaña del héroe. Este sentido no es otro que el de rescatar el "ánima".

Antes de que pregunten: en el campo de la psicología analítica se le llama "ánima" a la "parte femenina" de la psicología masculina, al igual que en la psicología femenina hay siempre presente una "parte masculina" que se llama "ánimus". Con ello no estoy diciendo (ni se me ocurriría, de lo contrario mi pareja me haría dormir esta noche en el sofá del salón... si me permiten la broma ahora que estamos entre amigos, y con la acotación de que es sólo eso, una broma) que haya características de carácter intrínsecamente masculinas y femeninas. Pero, debido a las obvias diferencias biológicas entre hombres y mujeres, sí que estoy diciendo que existen diferentes tendencias e impulsos psicológicos, que la Naturaleza parece haber dispuesto para que cada uno de los géneros cumpliera en origen con su función dentro de una sociedad inicial. Pues bien, dados estos impulsos psicológicos propios y disjuntos entre sexos, también es interesante y primeramente lógico pensar que, partiendo sin embargo de un mapa genético prácticamente común para hombres y mujeres, y no estando aún del todo bien determinado en qué momento y por qué motivo se decide el sexo del sujeto (que según modernas teorías, inicialmente es femenino, por aquello de que para llegar al cromosoma XY hace falta mutar un XX), existan posos importantes en la psicología de cada uno de ellos, un cierto "eco" del otro. Es decir, que en la psicología de un hombre hay pulsiones o zonas femeninas y viceversa. El "ánima" y el "ánimus" respectivamente.

Todo esto venía a cuento del héroe que salva a la chica. Y decía yo que la chica era en realidad una manifestación simbólica del "ánima". Sobre otros efectos, naturaleza y función de este "ánima", y especialmente sobre el "ánimus" podríamos hablar otro día. Será interesante, por cierto, tratar de símbolos y mitos psicológicamente femeninos (que no coinciden con los símbolos personificados por féminas nacidas de la psicología masculina). Sin embargo, de momento prosigo con la teoría: para empezar, la liberación del "ánimus" supone para un hombre un paso definitivo en su propia liberación del aspecto devorador de la imagen de la madre sobre su ego. Mientras no se cumple eso, el hombre no puede, por ejemplo, alcanzar su verdadera capacidad para relacionarse con mujeres. En este sentido el héroe también cumple una función de regulación biológico y "marital". Las mitologías están plagadas de simbologías maternas que representan a la Sombra (simbólicamente al Mal), y a las cuales el héroe tendrá que combatir, sobre todo si son criaturas femeninas viejas y feas (las madres de los jóvenes en edad de pasar por la etapa psicológica de esta superación ya no suelen ser ni tan jóvenes ni tan bellas). Desde enormes serpientes a fuerzas naturales, parcas, alegorías que representan a

sociedades matriarcales (como lo fue Creta, célebre por su laberinto y la bestia que en él habitaba), agujeros que "paren" (simbólicamente) al monstruo, etc, etc. Cuanto menos desarrollado está la psique el varón, mayor número de fuerzas negativas femeninas aparecen en sus sueños. Cuando más equilibrada es su relación íntima con esta imagen castrante de la madre, más mujeres-mujer aparecen y menos hembras negativas.

En cualquier caso, aunque el Dragón no sea siempre hembra, simbólicamente el sujeto salvado siempre hace el papel de mujer, y por lo tanto siempre es "ánima", y con el salvamento el ego afirma su supremacía ante la sombra y recoloca en un lugar confortable al "ánima", asumiéndolo y regularizando su relación con él. Siendo el "ánima" una de las partes importantísimas de la psicología de un varón, es importante para el hombre la noción intuitiva de asumir su lugar y "salvar" míticamente a la alegoría de su propia "feminidad".

La mujer, entre tanto, desarrolla en sus proyecciones simbólicas aquellas otras facetas que la refuerzan ante sí misma para encarar y recolocar aquellas otras facetas de su psicología que le son propias. Pero de ellas, como dije más arriba, ya nos ocuparemos otro día.

Berserkr

Por Andrés Díaz Sánchez

Corrían malos tiempos para Dinamarca. Habían pasado veinte años desde la heroica muerte del rey Hrolf, el que mayor grandeza y paz otorgara al país. El poder se había desmembrado en manos de caudillos ambiciosos, regidos por caudillos sin el suficiente carácter como para imponerse a la anarquía. Vikingos y asaltadores atacaban costas, fiordos, bosques, llanuras y montañas. Se practicaba la brujería bajo la Luna llena, volvieron los sacrificios humanos a Odín y otros dioses y los trolls y los demonios salían de sus cubiles para danzar y reír ante las mismísimas aldeas.

Éste era el mundo en el que vivía Galaf, granjero de nacimiento y vocación.

Era un hombre alto, de complexión musculosa y agraciada. Vivía con su mujer y sus tres hijos en una granja de la isla de Selandia. Trabajaba esforzadamente las duras tierras para alimentar a los suyos. Quería a su familia por encima de todas las cosas de este mundo y no le importaba sacrificarse por ellos. En el invierno guardaba el fruto de sus cosechas, en primavera marchaba hasta Roskilde para pagar el tributo al rey y vender los excedentes en las ferias. Sus vecinos le amaban porque, a pesar de su enorme fuerza, era un hombre humilde, firme, amable y generoso -dentro de sus posibilidades- con el necesitado. Sus días estaban llenos de una apacible felicidad y nada quería saber acerca de los males del mundo exterior...

Aquella noche transcurría como tantas otras. El pequeño Vog, de cuatro años, jugaba con los muñecos que Galaf le había tallado en madera. Bera, la esposa, charlaba con su hija Yrsa, quien sobrepasaba las dieciséis primaveras y ya era bonita y esbelta como un gamo del bosque. Ambas gustaban de cuchichear acerca de los pretendientes que asediaban a la jovencita. Galaf, tras la succulenta cena, narraba un cuento a su hijo Bjorn. El muchachito, de ocho años, escuchaba con ojos muy abiertos la historia acerca de dioses y gigantes de hielo. Estaba sentado sobre los

muslos de su padre, éste contoneándose lánguidamente en la vieja mecedora.

Sonaron fuertes golpes contra la puerta. También oyeron broncas y hostiles voces masculinas, algunas en idioma extranjero. Las inteligibles tenían un marcado acento autoritario:

-¡Abrid, ratas de campo, o echaremos la puerta abajo!

Se oyeron risotadas y -lo que envaró el cuerpo de Galaf- el tintineo de aceros.

-¡Escondeos! -ordenó el granjero a su familia.

Saltó de la mecedora, tirando al suelo al sorprendido Bjorn. Corrió hacia un cuarto cercano, el miedo galopando en su pecho, y llegó armado con una recia espada, regalo de Svar, el herrero de la región. El arma estaba desafilada y polvorienta. Pero Galaf parecía muy dispuesto a usarla para defender a los suyos.

Bera tomó de una mano a Bjorn y con la otra a Vog, quien echó a llorar estridentemente. El pequeño se aferró con todas sus fuerzas a la pata de una mesa cercana.

-¿Qué ocurre, padre? -preguntó Yrsa con ojos como platos.

-¡Llévate a tu madre y tus hermanos al granero, meteros en el viejo cuarto bajo el suelo, disimulad la entrada con paja y no salgáis de allí pase lo que pase! -fue la respuesta.

Galaf había oído noticias acerca de saqueos y bandidaje, pero siempre procedentes del lejano Norte. Ahora, el peligro parecía muy cercano.

-¡Enseguida abro! -gritó- ¡Sólo un momento, por favor!

Se escucharon gruñidos airados. Galaf creyó percibir palabras en idioma noruego.

-¡Tira abajo la puerta, Rolf! -ordenó una voz fría y autoritaria, en danés.

Estalló un crujido atronador. La puerta se separó levemente del quicio.

Galaf tomó la espada a dos manos. Miró con pánico a su familia. Entre madre a hija trataban de arrancar a Vog de la mesa. El niño

lloraba y chillaba y se aferraba al mueble con sorprendente obstinación.

Un nuevo trallazo. La puerta cedió y se abrió violentamente. La cerradura saltó en pedazos. El forzador era un hombre enorme, vestido con pieles, maloliente, de rostro sucio y moreno. Portaba un gran hacha de doble un solo filo. Sus ojos azules se clavaron en Galaf y después en la familia del granjero. Tras él había muchos otros hombres de armas, desgredados, barbudos, con las caras morenas y cubiertas de roña, hediendo a sudor rancio, a vino y cerveza. Portaban espadas, mazos y hachas. Se protegían con cascos cónicos y largas camisas de mallas negruzcas.

-¡Eh! ¡Hay dos hembras aquí dentro! - aulló el del hacha, sonriendo por entre los crespos bigotes.

Galaf no era tonto. Sabía que destino le esperaba a su mujer e hija si caían en manos de aquellos hombres.

-¡Salid por la puerta trasera! -rugió a los suyos- ¡Corred, lo más rápido que podáis! ¡Vamos!

Bera logró arrancar a Vog de la mesa. Las mujeres y los niños salvaron los pocos metros que los separaban de la puerta salvadora.

Ésta se abrió de pronto. Tres robustos vikingos entraron en la estancia.

Bera e Yrsa quedaron inmóviles, heladas, mientras las recorrían de arriba abajo con una mirada iracunda. Galaf sintió auténtico terror. No había escape, los enemigos les tenían atrapados en aquel salón.

Un vikingo sucio y desgredado agarró a Yrsa por el talle y comenzó a besarla. La jovencita trató de escapar, pero sus esfuerzos resultaban inútiles, atrapada como estaba entre los musculosos brazos.

Galaf se dirigió, la espada alzada, hacia el agresor. Otro vikingo se interpuso en su camino y le aulló un torrente de palabras noruegas que percutieron como truenos en la estancia. Iba armado con una maza esférica y claveteada de mango corto. Galaf golpeó, el enemigo paró el acero con su arma. Del choque saltó un estallido metálico, vibrante y ensordecedor. El vikingo atacó y Galaf esquivó la maza, que pasó a centímetros de su oreja izquierda. Merced a una severa estocada –que le sorprendió incluso a él, pues nunca antes había manejado los aceros- la

espada atravesó el costado del vikingo. El pirata trató de golpear, pero ya se tambaleaba, sangrante y debilitado, mugiendo como un toro.

Galaf se enfrentó a otro. Éste portaba un hacha. Las dos armas chocaron produciendo un nuevo y brutal estallido metálico.

La espaciosa sala se llenó de vikingos. Uno de ellos, al parecer noruego, agarró a Bera del cabello y la tiró sobre una mesa, arrancándole acto seguido el vestido. Se echó encima de ella y comenzó a chuparle los senos desnudos. La mujer lloraba y se debatía furiosamente. Su hija, en el suelo, estaba siendo violada. Ella gritaba y sus agresores reían y gruñían como cerdos en una porqueriza.

En la entrada del salón un hombre permanecía quieto, observando la escena. Vestía cota de malla dorada y ropas algo menos bárbaras que las de sus compañeros. Sus ojos, barba y melena eran de color gris. Lucía rasgos enérgicos y severos. No parecía mayor que los otros vikingos, pero sin duda se trataba del líder.

Un agresor, el que entrara en la sala portando el hacha de un solo filo, agarró a Bjorn por la cintura. El chico trató de desasirse, un trabajo infructuoso.

-¿Qué hacemos con éste, Lars? -preguntó al de cabello gris, en mal danés.

-Llévalo al barco, Rolf. Encadénalo.

Miró a Galaf, quien se debatía como un loco, lanzando mandobles y estocadas, patadas, codazos y hasta mordiscos. Intentaba llegar a su familia arrasada, pero los vikingos se lo impedían. El campesino ya había matado a dos, ahora acababa de abrirle la cabeza a otro de un banquetazo.

-Pelea bien este granjero... -musitó el pirata de ojos grises.

El pequeño Vog lloraba y gritaba desde el suelo. Un vikingo que ya portaba un fardo con grano, producto del saqueo en la despensa, miró al muchachito, frunció el ceño, desenvainó su espada y lo mató.

Bera, con un salvaje encima forzándole, vio a su hijo morir. Se revolvió como una fiera. Su mano derecha encontró un tenedor, de los muchos cubiertos esparcidos sobre la mesa, y lo clavó en la mejilla de su agresor. Éste rugió, ella le arañó la cara, arrancándole tiras de carne. Él cerró su puño y de un golpe destructor en el cráneo acabó con su vida.

Galaf abrió mucho sus ojos. Quedó helado tras observar las muertes de sus dos familiares. Un vikingo aprovechó la ocasión y le desencajó la mandíbula de una tremenda puñada.

Mareado, cayó al suelo. Sentía un dolor casi insoportable en la quijada. De un fuerte manotazo la encajó otra vez y el dolor remitió. Escupió sangre e intentó levantarse. Alguien le pateó el costado y se desplomó otra vez.

El líder pirata lo miraba fijamente, impasible, con sus ojos de hielo gris. Se volvió hacia uno de sus hombres.

-¡Ulrich! ¡Trae al chico y mátalos delante de él! -señaló a Galaf.

Luego, un torrente de palabras noruegas al que violaba a la sangrante Yrsa.

El forzador iba a protestar, pero la titánica mirada de su jefe lo enmudeció. Cogió a la chica por un brazo y la llevó, medio desvanecida, al centro de la estancia. Yrsa lloraba y temblaba sin control, convulsionada por un repentino ataque de histeria, con los ojos desorbitados y enloquecidos y el ovalado rostro brillante a causa de las lágrimas. El llamado Ulrich trajo a Bjorn junto a la muchacha.

Todos los piratas miraban en silencio a Galaf. Sus hijos también le dirigían a él, su padre, una mirada desesperada pero suplicante.

Galaf trató ponerse de rodillas.

-¡Al suelo, perro!

Un pirata le pateó la oreja y cayó de nuevo, con el lado golpeado entumecido y el cerebro zumbando de manera espantosa.

-No... los... mates... -logró gemir.

Dos vikingos colocaron en los cuellos de Yrsa y Bjorn sendos cuchillos.

-Por favor... -musitó Galaf, en tono patético, desesperado, desde el suelo.

Miraba suplicante al líder pirata. Galaf conoció el horror al no descubrir en aquellos ojos grises una mísera pizca de piedad.

El líder vikingo hizo una seña a sus subordinados y éstos rebanaron los cuellos de Yrsa y Bjorn, quienes jadearon, sorprendidos, abriendo muchos los ojos. De pronto, cayeron al suelo, chorreando abundante y cálida sangre.

-¡No! -sollozó Galaf, incrédulos.

Alguien le pateó de nuevo.

El líder miró a sus vikingos.

-¡Coged todo lo que podáis y después quemad la casa y el granero! -rugió.

Los piratas se apresuraron a obedecerle. Observó a Galaf, quien permanecía sin fuerzas en el suelo, temblando, entre sollozos, sin lograr despegar su mirada de los cadáveres.

-No lo matéis. Llevadlo al barco. Será nuestro esclavo.

Exhausto, suplicante, Galaf se volvió hacia el jefe de aquellos hombres.

-Mátame... -logró decir Galaf-. *Por favor.*

El líder no contestó.

Tomaron a Galaf de las axilas y lo llevaron fuera.

Tres horas después se encontraban todos en la costa. La Luna iluminaba las rocas y la gruesa arena. Las olas se deshacían en brillante espuma cuando chocaban contra los acantilados. A veinte brazas de la orilla un drakkar de saqueo dotado de cabeza monstruosa en la punta de proa reposaba tranquilamente sobre el mar. Los vikingos se adentraban andando y chapoteando en el agua y le pasaban a sus compañeros de la nave los productos del saqueo.

Tiraron al suelo a Galaf. Con una serie de palizas lo habían debilitado y no podía ni levantarse sobre las rodillas. Encogido como un recién nacido, mareado a causa de los puñetazos y las patadas sobre el cráneo, era presa de una fuerte sensación de irrealidad y se preguntaba, aún conociendo las respuestas, si todo aquello era una pesadilla y cuándo despertaría ella.

Oyó al líder repartir órdenes a sus subordinados.

-Mátame, por favor -pidió Galaf de nuevo, ya sin alzar la cabeza de la arena.

El líder lo oyó. Tenía el semblante severo y tranquilo.

-No. Serás nuestro esclavo. Limpiarás la cubierta, cocinarás para nosotros y nos servirás de mujer en alta mar. Quizá, con el tiempo, llegues a combatir a nuestro lado. Entonces, olvidarás tu vida pasada y me lo agradecerás.

Galaf levantó la cabeza, medio cubierta de arena húmeda. En el rostro tumefacto y ensangrentado, los ojos brillaban con un extraño fulgor.

El líder pirata vio algo en ellos que lo hizo retroceder instintivamente.

En seguida recobró la compostura habitual. Gritó a sus hombres en danés. Parecía muy irritado:

-¡Encadenad a este perro desagradecido a la roca más pesada que encontréis y dejadlo junto a los rompientes para que se ahogue cuando suba la marea! ¡Vamos!

Tomaron a Galaf por las axilas y se lo llevaron. El campesino, sin fuerzas, arrastraba sus pies sobre la arena. Mientras así lo transportaban tenía los ojos clavados en el líder pirata. Éste, al final, perdió en la lucha de miradas y se volvió hacia sus hombres, gritándoles órdenes, muy enojado.

Le colocaron un sólido aro metálico al cuello. Unieron las dos puntas del torque a fuerza de diestros golpes de maza. Tan ajustado quedó que el metal rozaba constantemente la nuez. Después, clavaron las pesadas cadenas a una maciza roca del tamaño de medio hombre, sita en una zona áspera y brusca de la orilla. Usaron gruesos clavos de enorme cabeza que pasaban por el interior de varios eslabones. Estos se hundían en la piedra marina tras varios y poderosos mazazos.

Dejaron al campesino en el encharcado suelo de arena y se marcharon.

Frente a Galaf, a seis pasos de distancia, había un muro natural compuesto por altas y oscuras rocas. Contra ellas chocaban las olas. La espuma y el agua que lograban pasar sobre el obstáculo se depositaba en aquella pequeña piscina donde él reposaba arrodillado, doblado, con la frente casi tocando el agua.

La superficie líquida ascendía poco a poco. Varios cangrejos se acercaron en la negrura y comenzaron a picotearle brazos y piernas.

Él sentía las hirientes punzadas hirientes, pero no se movió. Su piel le parecía a mil millas de distancia. Quería continuar llorando, pero a sus rojizos ojos ya no le quedaban lágrimas.

Recordó a su familia, ahora muerta. Nunca volvería a sentir bajo él el cuerpo desnudo y caliente de su esposa Bera; nunca más disfrutaría de su sonrisa, de sus comentarios, de su expresión alegre o mohína. Tampoco tendría oportunidad de contemplar a su hija vestida con brillantes telas y coronada con una guirnalda de flores, como había aparecido otras veces en los festivales del verano, cortejada por numerosos muchachos. No le contaría ningún otro cuento a su hijo Vog, no le vería cerrar los ojitos y quedarse dormido sobre su regazo. Tampoco asistiría al crecimiento de Bjorn; no saldrían a

cazar juntos jamás, no disfrutaría su paso de niño a adolescente, y de ahí a hombre.

En menos de cuatro horas, Galaf había perdido toda una vida. Donde antes hubiera alma y esperanzas ahora se abría una profunda herida que chorreaba un dolor espeso como el aceite. Aquel vacío le horadaba las entrañas, le cegaba el pensamiento. Y no podía escapar de él. Jamás había imaginado que pudiera existir un sufrimiento tan atroz.

Se le apareció de nuevo, con implacable nitidez, la cruda escena en el salón de su ahora calcinado hogar. Vio con los ojos de la mente la brutal violación de su mujer y su hija, sus muertes y la de sus dos vástagos.

Galaf sintió de pronto miedo. Algo en su interior se revolvió furiosamente, una bestia salvaje que subía desde los recovecos de su alma. Sufrió un seco y extraño chasquido en su mente, como si la hubieran quebrado dos manos poderosas e invisibles.

Sus manos se cerraron, estrujando el escurridizo agua. Imaginó que aquel líquido era la sangre de los asesinos de su familia y la bebió con ansia, tal que una alimaña, masticándola ruidosamente, saboreando su frío y su sal.

Se quitó de encima los cangrejos. Una bocanada de aire surgió desde el fondo de sus pulmones y explotó en forma de alarido pavoroso.

Venganza... Venganza... ¡Venganza! Tenía que lavar la sangre con sangre, la muerte con muerte, el dolor con dolor. La fuerza de este anhelo resultaba tan poderosa que le producía incluso un dolor físico, como si estuvieran presionando sus sienes entre los topes de un torno de herrero. El fuego corría por sus arterias, llenando sus músculos de fuerza y pasión y su cerebro de negra locura. Las oscuras llamas crecían, se expandían y aullaban. Se alzaban en columnas ígneas que él veía danzar ante sus brillantes y demenciales ojos. Extraían fuerza de la debilidad y energía de la desesperación

Una figura gigantesca y oscura apareció tras los rompientes. El ser tenía cuerpo humano y musculoso y medía al menos seis pies en altura. Su cabeza era la de un viscoso pez, cuyas facciones poseían un fantástico remanente humano. Vestía un jubón de algas entrelazadas y una armadura de un desconocido y resistente coral oscuro. Le acompañaban dos krakens grandes como toros. Aquellas criaturas habían venido del

mar lejano y Galaf no las había sentido llegar. Las furiosas olas golpeaban inútilmente sus cuerpos.

Galaf miró al poderoso ser y sus mascotas sin sorpresa ni miedo. Lo reconoció instantáneamente como Ran, Dios del Mar.

-Serás un buen guerrero, humano -dijo el dios, con voz húmeda y profunda-. Sírvenme y te colmaré de regalos. Domarás krakens y ballenas. Descenderás a palacios de imposible lujo sitios en fosas submarinas sin fondo. Cabalgarás las olas más titánicas. Conocerás el sabor de la victoria cuando extermines a mis enemigos. Degustarás la gloria que supone volar bajo el mar, como hacen los pájaros en el aire. Te embriagarás con los cantos y la belleza de las más exquisitas sirenas.

Galaf lo miró con ojos penetrantes.

-Vete, Dios del Mar. No utilizarás mi furia en tu provecho.

Los krakens treparon sobre los rompientes tras escuchar el desaire hecho a su amo y alzaron amenazadores sus gruesos tentáculos.

Ran los contuvo con sus poderosas manos.

-Pierdes mucho y no ganas nada, humano.

Acto seguido, dio la vuelta y echó a caminar mar adentro, de vuelta a sus profundidades.

Los truenos reventaron la paz sónica, los relámpagos iluminaron el cielo. Llovía. El nivel del agua crecía con rapidez. Ya le llegaba a Galaf, ahora en pie, por las rodillas.

Llegaron, provenientes de tierra adentro, un anciano y un muchacho.

El mayor era un guerrero vestido con una fascinante armadura, forjada fuera de este mundo. Corpulento y majestuoso, tenía un semblante grave y la mirada de su único ojo resultaba terrible, inextricable. Dos cuervos reposaban sobre sus anchos hombros, y su mirar contenía una inteligencia más allá de la mente humana. El joven, ancho y musculoso, poseía igualmente largas barbas, aunque muy rojas, y ojos de un azul impregnado por el éxtasis de las batallas. Vestía cota de mallas plateada sin mangas, calzones largos de cuero negro y botas de piel de oso. En su cabeza, un casco tocado de afiladísimos cuernos de toro. Llevaba en la diestra un enorme gigantesco martillo, plano por un lado y afilado por el otro. Cuando se acercaron lo suficiente, Galaf vio que los rasgos de ambos se parecían mucho, como si estuvieran unidos por la sangre.

-Únete a mí, guerrero -dijo el anciano-. Pelea con mis huestes y conocerás la Gloria y el Poder.

-Vete, Dios de Dioses -contestó Galaf-. No utilizarás mi furia en tu beneficio.

El joven guerrero alzó su martillo, encolerizado. En el cielo hubo relámpagos y estallaron los truenos.

-¡Voy a destrozarte a este insolente! -rugió- ¿Cómo se atreve a...?

-No -el anciano detuvo al joven alzando una mano-. Déjale, hijo mío. Comprendo que las Nornas le tienen reservado otro destino. Adiós, hombre.

Galaf los contempló marcharse en silencio. También desaparecieron la lluvia y los truenos.

Súbitamente, experimentó un escalofrío que heló todo su cuerpo. Era un dolor sucio e intenso y que, sin embargo, proporcionaba gran placer.

Se volvió y vio a una mujer de piel blanquísima y ojos y cabellos negros como la noche. La melena, algo ensortijada, le caía sobre los hombros y la espalda. Vestía un traje también negro y brillante, digno de una reina, que se ajustaba a su perfecto cuerpo. La pálida y serena belleza de su rostro resultaba enloquecedora.

A su lado había un lobo gris, del tamaño de un caballo, tan dócil con su ama como hostil hacia el hombre.

La dama se acercó a Galaf sin preocuparse del agua que mojaba su espléndido traje. Él comprendió que el dulce dolor provenía de ella. La mujer le estaba succionando la vida con su mirada. Aquel robo producía en Galaf debilidad, asco y placer.

-Ven a mi reino -pidió la dama, con una voz suave y arrebatadora-. No temas. Te daré el descanso y la serenidad que necesitas.

Galaf estuvo a punto de aceptar la propuesta, pero se le apareció el rostro del líder vikingo de ojos grises que ordenara la violación de su esposa e hija y la muerte de todos los de su sangre. Comprendió que el Destino le había marcado ya y no le estaban destinados los regalos ofrecidos por la dama.

-Márchate, Hela, *Señora de Lo Muerto* -dijo-. No es a ti a quien debo seguir, ni tampoco deseo la paz que me otorgas.

El lobo gris rugió y mostró los colmillos.

-No le ataques, Fenrir -ordenó su ama. Miró a Galaf con ojos enigmáticos y tristes-. Es una lástima. Hubieras sido tan feliz conmigo...

La dama se marchó en dirección a la playa. Andaba sinuosa y mágicamente, acompañada siempre de su fiel bestia.

Galaf, ahora solo, miró hacia el cielo nocturno. Soltó una carcajada llena de rabia y vacía de alegría. Sus ojos se desorbitaron. Los hematomas del rostro brillaban rojamente. Comenzó a temblar. Trató de arrancar el aro metálico de su cuello. Tiró hasta que surgió sangre de sus dedos y garganta. Entonces, soltó la argolla. El agua le llegaba ya por la cintura. Se hundió en ella y tanteó sobre el ciego fondo, hasta hallar una piedra del tamaño de su propio puño. Emergió, tomó la pesada cadena y la colocó sobre la misma roca a la que le habían unido. Golpeó una y otra vez la piedra de su mano contra la cadena, incansablemente, gruñendo incoherencias, soltando espuma por la boca. En un desafortunado lance se rompió un dedo, atrapado entre el improvisado martillo y el eslabón, pero siguió obsesivamente, notando el dolor muy lejano, hasta que partió en pedazos su tosca maza. Encontró otra piedra maciza, del tamaño de un cerdo cebado. Empezó a levantarla. Sus músculos se tensaron e hincharon. Brotó un chorro de sangre por la nariz. Las negras gotas volaban al compás de sus jadeos y resoplidos, se le metían entre los dientes, llenándole la boca con un sabor metálico y caliente. Las arrugas de su frente se retorcían, como un nido de gusanos. Los azules ojos parecían a punto de salirse del rostro.

Temblando de forma alarmante bajo la gran roca, siguió alzándola, hasta que quedó sobre su propia cabeza, exhaló un ronco grito y la arrojó con todas sus fuerzas sobre la cadena. Ésta se partió con un vibrante chasquido. Galaf soltó una risotada triunfal.

Llegó hasta la playa y echó a correr, farfullando incoherencias. Imploraba al Destino, le pedía seres odiados sobre los que descargar su ira. Mas estaba solo.

Al fin, sin fuerzas, cayó al suelo y perdió el conocimiento.

Medio año después, se producía una importante reunión en Odense, la popular ciudad de la isla de Fyn. Numerosos comerciantes, navieros, tratantes, vendedores y terratenientes,

llegados de muy diferentes puntos (Dinamarca, Gotaland, incluso Noruega), olvidaban sus propias rencillas para unirse contra un enemigo común. Durante el último año habían sido extorsionados y asaltados por bandas de saqueadores terrestres y piratas vikingos. En aquellos tiempos difíciles los reyes de las diferentes naciones no tenían el poder suficiente como para mantener a raya tal delincuencia.

Así pues, los hombres de negocios habían decidido actuar al margen de la ley, empleando gran parte de su capital en formar un ejército de hombres rudos y eficaces, en su mayoría proscritos y mercenarios.

La ciudad de Odense estaba llena de tipos de mala catadura, guerreros sin patria ni señor, que peleaban tan sólo por el oro. Organizaban trifulcas en las calles y tabernas y perpetraban pequeños robos. El sheriff local no podía controlarlos y las fuerzas del rey de Fyn tampoco eran lo suficientemente fuertes como para domarlos. Todos esperaban con impaciencia la marcha de estos indeseados forasteros.

En la fortaleza propiedad de un rico mercader, al que todos llamaban Ivar *El Generoso*, transcurría aquella noche una animada fiesta. El anfitrión había invitado a muchos otros señores navieros, y cada uno, como él mismo, venía acompañado de sus huestes. En el gran salón de banquetes ricos y pobres, gentiles y rufianes, pacíficos y pendencieros, bebían y comían alegremente. El objetivo de Ivar y sus aliados era acabar con Lars *El Gris*, un vikingo poderoso que durante el último año había assolado Jutlandia y el archipiélago entre Dinamarca y Escania.

Los poderosos debatían con sus lugartenientes en la mesa principal. El resto yantaba y mojaba el gaznate, observaban los bailes de los comediantes y bufones, se escapaban con las esclavas a lugares oscuros o aplaudían o lanzaban huesos de carnero a los escaldos.

En un rincón, apartado del resto, comiendo en silencio, se encontraba Galaf. Era otro hombre: la barba y el cabello le caían sucia y caóticamente sobre la espalda y el pecho. Vestía ropas bárbaras, propias de un mercenario sin dueño. De su cadera pendía una larga espada recta, enfundada en su vaina de cuero grueso. Su semblante aparecía hosco y pálido, sus ojos miraban el mundo colmados de ira y repugnancia. No hablaba con nadie y nadie hablaba con él. Sólo

le importaba la empresa que allí se fraguaba: atrapar a Lars *El Gris*, el asesino de su familia.

En el otro extremo de la sala había un grupo de cinco berserkr mercenarios. Parecían todos hermanos y compartían, además de las feas y duras facciones, maneras bruscas e intimidantes. Bebían y comían el doble que los demás congregados. Gustaban de insultar y provocar a guerreros y pacíficos.

-Tú eres un perro y un cobarde -le decía uno de los berserkr a cualquiera que no fuese de los suyos.

Los ofendidos temían mucho a tales bestias y miraban hacia otro lado. Sonreían como si les hubiesen gastado una broma, pero en sus ojos brillaba la amargura y el rostro se les enrojecía a causa de la humillación.

Los berserkr no provocaban a los señores que los contrataban, pues a pesar de su bestialidad no eran del todo estúpidos. Hasta el momento, sólo un guerrero, un joven inexperto y orgulloso, había replicado a la ofensa. El ofensor lo agarró del cuello y golpeó su cabeza contra la mesa hasta romperle el cráneo. Después rió, y sus hermanos también. Nadie se atrevió a replicarles.

Al llegar junto a Galaf, un berserkr llamado Skall le increpó:

-¡Cerdo! ¡Cuando quiera te mataré porque no eres más que un débil ratón!

Skarrion lo miró con asco y odio, mas no dijo nada. Siguió cortando y masticando la carne pegada a un largo hueso de venado.

-¿Cómo te atreves a mirarme así? -bramó Skall.

Comenzó a desenvainar su espada.

Algo se rompió en la mente de Galaf. Se levantó agilmente y antes de que pudiera Skall desnudar completamente su acero le atravesó la garganta con el cuchillo de mesa.

El berserkr se llevó las manos a la herida mortal, de la que ya manaba sangre a borbotones. Galaf lo apartó de un empujón, desenvainó la espada con un grito espeluznante y echó a correr hacia el siguiente berserkr.

Éste se llamaba Grimmur. Aún no se había enterado de la muerte de su hermano. Ni siquiera pudo volverse, la espada de Galaf lo ensartó, entrando por la espalda baja y saliendo a la altura del esternón.

Galaf siguió corriendo y empujando a Grimmur. Gruñía y jadeaba como una bestia, su

rostro estaba contraído en una mueca demoníaca. Frenó bruscamente y el gigante cayó sobre una mesa estrepitosamente. La espada salió de la vaina humana chorreando sangre.

Galaf saltó en pos del berserkr más próximo. Se trataba de Hralf, un gigante juto que ya venía hacia él. Enarbolaba una espada corta y una maza. Comenzaba a entrar en estado salvaje. Tiró a varios hombres al suelo antes de que el resto se apartara de su camino.

Galaf se sintió de pronto rabia, alegría y una gran seguridad en sí mismo. Tenía talento natural para el combate y lo iba a aprovechar. Se dejó caer sobre sus rodillas. En el suelo encharcado y sucio resbaló a causa de la inercia. La maza de Hralf rozó su cabello. Hincó la espada en la rodilla del gigante, partiéndola. Sacó el arma de un brusco tirón y, antes de que Hralf perdiera el equilibrio se levantó, hundiendo el acero en la entrepierna rival. La espada entró hasta la mitad, atravesando la vejiga, las tripas y un pulmón. Hralf gimió con voz cavernosa y se desplomó. Pero Galaf ya se había apartado, esquivando el corpachón moribundo. Abandonó su espada en la vaina de carne y huesos y tomó la de Hralf. Reía.

-¡Alto! ¡Parad la lucha! -gritaba Ivar- ¡Pelead contra los enemigos, no entre vosotros!

Se volvió hacia los silenciosos guerreros.

-¡Detenedlos!

Pero nadie osaría interponerse en una batalla entre berserkr.

En el centro de la sala, Ugir y Starulf, los dos últimos del salvaje quinteto, echaban espuma por la boca, mugían como toros y desenvainaban sus espadas.

Galaf los esperaba. Mordió su labio inferior hasta hacerlo sangrar. El líquido escarlata manchó su barbilla y cuello, lo tragó y se pasó la lengua por la herida, complacido.

Ivar, exasperado, tomó una bolsa de monedas de cobre de su cinto y la arrojó a la zona de combate, esperando que la dádiva calmara a los luchadores.

La bolsa dio contra el suelo, se abrió y desparramó sobre la sangre derramada un chorro de brillantes monedas.

-¡Son vuestras si dejáis de luchar! -chilló Ivar.

Starulf y Ugir miraron el dinero. Durante un instante parpadearon, olvidando su locura asesina. Amaban aplastar enemigos, pero quizá

más el dinero.

Corrieron a recoger las monedas. Eran muy pobres y el cobre los había deslumbrado. Galaf no olvidó su querella y aprovechó la distracción de los enemigos: a uno le abrió el cráneo con la espada y al otro le tajó el cuello. Era tan rápido y diestro que de nada les sirvió tratar de defenderse. En aquella época, los guerreros se contentaban con golpear sobre las espadas y los escudos, como dispuestos a echar abajo una pared. El más vigoroso rompía las armas del contrario o lo extenuaba, y entonces lo remataba. Pero Galaf pertenecía al futuro, pues aunaba la habilidad y la celeridad a la fuerza bruta.

Los berserks se desplomaron en el suelo cuan largos eran. Perdían vida y sangre por las mortales heridas.

Galaf quedó en pie. Miraba, tal que un demente, a vivos y muertos. No recogió ninguna moneda.

-¿Qué has hecho, estúpido? -bramó Ivar- ¡Me has costado cinco buenos guerreros!

-Ellos me provocaron -contestó Galaf roncamente, entre dos jadeos. Su mirar asustó a Ivar-. No me expulses de tu expedición.

Aquello no fue ni una súplica ni una petición.

-Mataré al vikingo Lars *El Gris* -afirmó.

Clavó la espada en el suelo.

-¡Lo juro! -proclamó.

Toda la sala le contemplaba en silencio.

-Vendrás con nosotros -dijo Ivar, más calmado, observando a aquel loco y poderoso guerrero con espanto y admiración- Matarás al vikingo Lars *El Gris*.

El vencedor del combate limpió la sangre de su boca con el antebrazo, sacó su espada del cuerpo de Hralf con un húmedo siseo, la limpió en las pieles del muerto, la devolvió a la vaina y se marchó del salón.

Estallaron los murmullos. Ivar volvió a sentarse en su butaca, aturdido. Los esclavos sacaron los cadáveres y los guerreros cogieron ávidamente las monedas del suelo.

Embarcaron envueltos por la tiniebla. Sesenta guerreros, entre ellos Galaf, subieron la pasarela que unía la nave con el muelle. No hablaban y procuraban hacer el menor ruido al caminar. La noche era muy oscura y la bruma fría y espesa. Nadie debería enterarse de la auténtica

carga que albergaban las bodegas de aquel barco con fines aparentemente mercantiles.

Era propiedad de Ivar. Se llamaba *Nube Azul* debido a que el casco había sido pintado de azul celeste-verdoso. Era una nave comercial, sin espolón de proa. Tampoco resultaba excesivamente rápida. Normalmente, tendría el cometido de transportar las mercancías de Ivar de un puerto a otro. Sin embargo, en esta ocasión el *Nube Azul* no guardaba en sus entrañas telas, especias o metales, sino hombres armados y peligrosos.

Ivar lo había cargado durante el día y a la vista de todos con pesados fardos llenos en realidad de arena y harapos y que supuestamente contenían telas y metales preciosos. Una vez en alta mar aquella falsa mercancía sería arrojada por la borda.

Ya en las bodegas los hombres se acomodaron sobre los fardos para dormir o charlar en susurros. Galaf encontró un rincón solitario y rápidamente se hundió en el sueño.

Cortaron amarras. El *Nube Azul* zarpó, internándose en la niebla que el mar expelía.

Durante los días sucesivos navegaron hacia el Norte. El objetivo era Oslo, donde -Ivar había hecho correr el rumor- se venderían las mercancías del *Nube Azul*.

En realidad, esperaban ser atacados por los piratas de Lars *El Gris* antes de pasar la punta Norte de Jutlandia. Al fin y al cabo, el vikingo dominaba el Kattegat entre Gotaland y Dinamarca, las mismas aguas por las que navegaría el mercante.

Los guerreros salían a cubierta y ayudaban a la tripulación *oficial* en sus faenas. Jugaban, reían y organizaban combates amistosos para pasar el tiempo. El asesinato estaba penado con la ejecución automática del culpable, aunque el delito se hubiese cometido en defensa propia. Así se evitaban las muertes en el seno de aquel enjambre de hombres violentos. Sólo se permitían luchas a manos desnudas. Quien empuñara el acero contra otro tripulante sería arrojado por la borda.

Según transcurrían los días, Ivar sentía grandes esperanzas de encontrarse con el drakkar gris de Lars. Realmente lo anhelaba, pues, como todo comerciante de la zona, odiaba al vikingo.

Cuando el *Nube Azul* se cruzaba con otras

naves los guerreros corrían a esconderse en las bodegas. Sólo había ocurrido tal contratiempo en dos ocasiones y en ninguna de ellas el diminuto ejército corrió peligro de ser descubierto.

Galaf resultó ser el más hosco y solitario de la nave. No intervenía en peleas amistosas, las conversaciones o los juegos. Nadie intimaba con él ni lo provocaba -todos recordaban cómo trató a los cinco berserks en el salón de Ivar. Bebía mucho, casi a todas horas, pero trabajaba como el que más y sus ojos se aclaraban a la menor señal de alerta. Practicaba incansablemente con la espada y ninguno deseaba ejercitarse con él: entonces, llevaba a cabo fintas, mandobles y estocadas, haciendo brillar de sudor su rostro contraído por una terrible cólera, con los nudillos blancos a causa de la rabia con que empuñaba su arma. A pesar de su aspecto temible no hacía daño a nadie, y aquellas sesiones de tosca esgrima, en unos ambientes donde el uso del acero se limitaba a golpear con mayor fuerza al rival de la que él desplegaría para destrozarte a ti, entretenía a los ociosos. Ivar le dejaba hacer, observándole con una extraña mirada, como el que contemplara un suceso desagradable que sin embargo no le afectara directamente. Muchos curiosos contemplaban desgarrar, cortar y aplastar con su espada a un ejército de enemigos imaginarios. En realidad, nadie conocía cómo se llamaba este raro tipo, ni cuál era su pasado. Le llamaban *El Loco* o *El Berserkr* cuando no estaba presente, y *Rápido* – por su increíble destreza en el manejo de los aceros- a la cara.

A veces, en la fría noche, los hombres le oían llorar como un perro apaleado, desde su oscuro rincón de la bodega, sin que moviera un solo músculo del rostro, con la mirada triste y rabiosa clavada en las sombras, pegado, como de costumbre, a un pellejo de vino que ni el mismísimo capitán osaba tratar de quitarle. *El Loco* también provocaba excitados comentarios porque se debatía en sueños, como víctima de terribles pesadillas. Alguno susurró que tal vez estaba poseído o hechizado por algún demonio. Un jocosos contestó que efectivamente debía estar poseído por un espectro, uno muy sediento de sangre, y que él no sería el temerario que tratara de sacárselo del cuerpo. Todos los demás asintieron, comprendiendo que, aquella vez, este gracioso no había hablado en tono de broma.

Condenado a un ostracismo que él mismo

procuraba alentar, Galaf continuaba la travesía sumido en las tripas de aquel barco, sufriendo por la tardanza en encontrarse, una segunda y última vez, con Lars *El Gris*.

Al cabo de dos semanas de travesía, cuando el *Nube Azul* había superado el cabo Skagen y entrado en las frías aguas inmediatamente al Sur de Noruega, el vigía anunció que una nave venía hacia ellos desde el Norte, un barco afilado, con las velas de color gris oscuro.

Los guerreros se escondieron en las bodegas. Estaban nerviosos y expectantes. Sabían que dentro de poco tiempo tendrían que pelear para matar o morir.

Tampoco Ivar, junto al timonel, y Hjalti, el capitán, sufrían una lúgubre excitación mientras observaban el rápido acercamiento de la cenicienta nave. Aunque no deseaban huir se intentó la escapada para no provocar la desconfianza del enemigo. El *Nube Azul* viró hacia el Este para aprovechar el viento. Las velas se inflaron de aire poderoso. Era un ágil barco comercial, pero le perseguía un espigado y velocísimo drakkar de combate.

El barco agresor parecía volar sobre las aguas. Su línea era elegante y surcaba suavemente el bronco mar. Los escudos sobre las bordas superior del casco anunciaban su condición guerrera. En la punta de proa había una temible cabeza de dragón con las fauces abiertas.

Sobre la cabeza del dragón estaba Lars *El Gris*, poderoso y severo. A su lado aguardaba el inseparable segundo, un gigantesco noruego a quien llamaban Rolf *El Matador*. Sobre los bancos de los remos y los puentes de cubierta permanecían en pie decenas de hombres armados, que alzaban las hachas, las espadas, los martillos y los cuchillos, desorbitando los ojos y aullando rudas burlas y espantosas promesas hacia el *Nube Azul*. Estaban tan convencidos de la victoria que ni se preocupaban de ocultar sus verdaderas intenciones.

En la cubierta del *Nube Azul* la gente actuaba nerviosamente para que la pantomima resultase más convincente. El mercante trataba de ganar distancia desesperadamente, mas todos comprendían que el drakkar les alcanzaría en menos de una hora.

Ivar era un comerciante, no un guerrero.

Por consiguiente, se llevó a sus guardaespaldas a su cuarto y se encerró en él. Hjalti, el capitán, quedó al mando de la situación. Ya sabía lo que había de hacer.

Proa y popa de cada nave quedaron separadas tan sólo por cincuenta metros. Hjalti, con más de quince años de experiencia marina sobre sus anchas espaldas, suponía que los piratas no los embestirían con la proa: aparte de hacer peligrar su propia nave, no desearían hundir un barco con mercancías preciosas y que además podían vender a navieros del Norte sin escrúpulos. Se pondrían a babor o estribor del *Nube Azul* y tratarían de aferrarse a ella con ganchos, para después asaltarla. No perdonarían a la tripulación: los matarían a todos, menos a uno pocos que les servirían como esclavos.

Vio, consternado, que en el drakkar más de veinticinco vikingos colocaban afiladas saetas en los arcos y tensaban las cuerdas.

-¡Protegeos! -vociferó- ¡Flechas desde popa! -gritó a su tripulación.

Sonó un coro de secos chasquidos y cortantes zumbidos. Una nube marronácea se alzó sobre la popa y aterrizó en cubierta. La mayoría fueron rápidos y se escondieron tras mástiles, bultos y montones de maromas. Otros tantos resultaron alcanzados por las flechas, que atravesaron fácilmente sus cuerpos. Sobre cubierta reventaron aullidos de dolor y se oyeron los poderosos impactos de los proyectiles contra la carne y la madera.

Hjalti asomó la cabeza por encima de su escondite y vio el drakkar alcanzar la línea de popa. El griterío de los vikingos resultaba ensordecedor. Eran alrededor de ochenta, sucios, enormes, tatuados y llenos de cicatrices, todos armados hasta los dientes. Ya agarraban y se embrazaban los escudos colocados en las bordas.

El ágil drakkar se puso a la par del más pesado mercante, separado por menos de veinte brazas. El timonel del barco pirata maniobró con destreza y poco después ambos costados chocaron, estribor invasor contra babor atacado, haciendo saltar trozos de madera calafeteada. Los vikingos lanzaron treinta sólidas cuerdas unidas a filosos ganchos metálicos. Las puntas se clavaron sobre el suelo de cubierta y el mástil. Uno alcanzó a un marinero y éste, emitiendo alaridos, fue arrastrado por la cuerda hasta la baranda de babor, donde el cuerpo, sangrante y espasmódico, quedó

trabado. Se levantó un viento frío y cruel, que gritaba y reía con voz silbante, que inflaba las velas casi en contacto y encrespaba los cabellos de los hombres aullantes. Las cuerdas unieron las naves, los cascos chocaron de nuevo, produciendo bandazos que sacudían las dos cubiertas.

Lars *El Gris*, siempre junto a Rolf *El Matador*, gritó a sus hombres en noruego y danés:

-¡Abordadlos! ¡Matad! ¡Destruidlos a todos! ¡Matad!

Los vikingos saltaron desde su barco a la nave apresada. Eran una marea oscura que portaba centelleante metal. Sus roncas voces se alzaban contra el furioso viento, en alaridos incoherentes o salvas de alabanza a Tyr, Dios de la Guerra, con cuyas runas los más creyentes habían marcado sus espadas, y el viejo Odín. Inundaron la cubierta del mercante y los heridos por las flechas fueron asesinados sin compasión. El resto corrió a esconderse en el interior del barco.

Hjalti vio, desde el castillo de popa, a la turba envuelta en pieles y largas cotas de malla metálica acercársele hacia su posición. Dio la orden correspondiente. A su derecha, el timonel alzó un tremendo cuerno de madera, especialmente trabajado para producir un sonido poderoso.

El instrumento cumplió su cometido cuando su dueño sopló por él con todas sus fuerzas. Otros dos cuernos más sonaron, manejados por hombres próximos al capitán. La cubierta se llenó con un mugido profundo y atemorizador que el iracundo viento inmediatamente se llevaba en su frígido y afilado seno.

Hjalti alzó el escudo y preparó su espada, deseando que pronto salieran los guerreros de la bodega. Confiaba en sobrevivir a esta batalla. Sus esperanzas se vieron truncadas cuando el primer vikingo, un noruego gigantesco, rompió su acero de un tremendo hachazo. El pirata tenía un rostro cubierto de cicatrices, suciedad y barba crespa y oscura. Aullaba el nombre de Odín y en sus claros ojos había fanática demencia. Asestaba hachazos sin freno, abriendo surcos en la madera del escudo, obligando al capitán a retroceder. El noruego bramó con voz profunda un torrente de palabras ininteligibles, como si estuviese entonando una horrenda oración mientras atacaba, apretó sus amarillentos dientes y de un tremendo hachazo a dos manos lanzó al capitán al suelo. El siguiente golpe de leñador tajó un pie. Después

abrió una mano, casi partiéndola en dos. Hjalti gritó con pánico, viendo a aquella figura oscura y vociferante ante él, como un árbol humano recortado contra el cielo grisáceo, los cabellos y la barba volando al viento, los ojos dos espantosos puntos brillantes en el fondo de una faz congestionada y monstruosa. Algo metálico se acercó a su rostro y después reinó la oscuridad.

En las bodegas, los guerreros de Ivar escucharon el tañido de los cuernos. Aquélla era la señal convenida. Cuatro trampillas se abrieron sobre cubierta, levantando a ocho sorprendidos vikingos del suelo. Por cada una, disimulada con el dibujo de las tablas de cubierta, habían holgadamente cinco hombres. Comunicaban con las bodegas de la nave y estaban estratégicamente situadas a proa, popa, babor y estribor.

Cuatro enjambres de hombres armados y rugientes emergieron a un mundo helado, ventoso, cubierto por espesas bóvedas que ocultaban la luz del Sol y sumían el mar en una grisácea penumbra. Los sorprendidos vikingos ya no eran cazadores, sino presas.

Lars *El Gris* se dio cuenta enseguida de la trampa. Su astuta estrategia solía ser la de atacar a enemigos más débiles, veloz y contundentemente. Prefería evitar a los peces grandes.

-¡Vámonos! -gritó- ¡Volved al drakkar!

Dando ejemplo, retrocedió hasta la baranda de babor del *Nube Azul* y saltó a su barco. Rolf le siguió.

Mas la gran mayoría de vikingos estaban ya atrapados por aproximadamente el doble de enemigos. Se produjo el caos. Cerca de cien hombres luchaban a muerte sobre la cubierta. Comenzaron a volar brazos, manos, pedazos de carne y nubes de sangre que el ávido viento tragaba y se llevaba lejos. El sonido ensordecedor de los metales chocando ente sí ahogaba las voces furiosas o desgarradoras. Los guerreros formaron una apretada turbamulta, empujaron, asestaron tajos a una o dos manos, se protegieron con escudos, notaron saltar las tripas de sus rajados vientres o los huesos romperse bajo el golpe de los mazos.

Ivar salió de su camarote y subió al castillo de popa. Siempre escoltado por sus matones, deseaba asistir -desde una prudente distancia- a la matanza de vikingos.

Éstos, atrapados por un enemigo superior en número, caían a puñados, con las cotas

desgarradas, los cascos abollados y las pieles y el cuero abiertos en jirones. Sin embargo, no eran gente que cayera fácilmente, y mataban a muchos antes de morir.

Ivar reía mientras observaba la tremenda batalla. Le regocijaba la exterminación de quienes le habían causado tan graves pérdidas económicas. Se acercó a la baranda del castillo e insultó a los piratas. Uno de éstos, herido y tambaleante, lo vio aproximarse y con sus últimas fuerzas arrojó su hacha. Acto seguido, un mercenario le hundió la espada, agarrándola a dos manos, como un puñal, en la nuca. El arma surgió por la nuez, con un húmedo crujido, y el vikingo se desplomó de rodillas, moribundo. El hacha acertó a Ivar en pleno rostro, llegando al cerebro y matándolo al instante. La sonrisa del mercader se heló en sus partidos labios y el rabioso viento se llevó, una vez más, la sangre de un cadáver.

Galaf fue de los primeros en salir a cubierta. Había esperado con ansiedad el combate, agarrando con fuerza el escudo circular y la espada.

Al sonar el cuerno empujó, junto a otros, la trampilla de estribor y emergió a cubierta. Como cada vez que luchaba, recordó la muerte de su familia y se tornó un berserkr, con una única directriz en su mente de hierro: matar, matar y matar.

Nada más salir partió la cadera de un vikingo merced a un terrible revés impulsado por un violento giro de cadera y muñeca. Y siguió repartiendo golpes como un poseso, acompañando cada uno con un ronco jadeo. El acero volaba y arrancaba nubecillas de sangre a la carne y chispas incandescentes a las armas. Se abría paso como un huracán de rabia y poder. Aunque valientes, los vikingos se apartaban de forma instintiva cuando él se acercaba, pues era la muerte personificada. Incluso destruyó a algún compañero. La locura combativa no le permitía distinguir entre amigos y enemigos, la bestia de su interior necesitaba sangre y él debía proporcionársela a cualquier precio.

Buscó a Lars *El Gris* y lo vio saltar, junto con su lugarteniente Rolf, al drakkar.

Aún más enfurecido, Galaf avanzó hacia babor entre la turbamulta de guerreros y cadáveres. Quería llegar a toda costa hasta el líder pirata. Consternado, descubrió que tanto éste como sus allegados, desde la cubierta del drakkar,

cortaban las cuerdas que unían las dos naves. También contenían, mediante flechazos, o a espada y hacha, a los sicarios del fallecido Ivar.

Ya la cubierta del *Nube Azul* se iba despejando y sólo persistían pequeños y espaciados grupos de luchadores. Había cadáveres por doquier, su sangre encharcaba la madera y sobre la carne muerta se arrastraban los heridos, aferrándose a la vida con todas sus energías. Dos vikingos se rindieron y tiraron las armas. Sus enemigos los ejecutaron sin piedad. Pero aún quedaban cinco o seis piratas irreductibles que preferían caer con la espada en la mano.

De entre éstos sobresalía por su ferocidad un grueso noruego de pelo rojo y ojos azules. Tenía el pecho rajado y sangraba abundantemente. Aún así, y convertido en berserkr, la locura combativa le proporcionaba un vigor y una temeridad colosales.

Este hombre se cruzó en el camino de Galaf cuando *El Loco* ya se acercaba al borde de la cubierta. Sus espadas chocaron y restallaron, haciendo peligrar los tímpanos. Luchaban sin estrategia ninguna, eran dos animales humanos que no pensaban coherentemente, cegados por el fuego de sus pasiones. Sus armas describían brillantes curvas, se mordían los filos y resbalaban una sobre otra, a la par que sus dueños gruñían, resoplaban y aullaban con cada golpe. Hubo un fulgor en zigzag y Galaf ensartó a su rival, tan poderosamente que le rompió la cota y el jubón y le metió la hoja en el cuerpo hasta la empuñadura, surgiendo por la zona lumbar, tensando el cuero y la malla. El vikingo bramó un torrente de palabras, escupió sangre sobre el rostro de Galaf, arrojó su espada y aferró a su asesino por el cuello. Le propinó un cabezazo y el borde del casco le rompió al danés el tabique nasal. Galaf sintió que el espeso dolor atontaba su mente. Respiró por la boca, pues la nariz se le llenó inmediatamente de sangre, que se le metió por los conductos respiratorios y le hizo toser violentamente. Parpadeó, medio cegado por las lágrimas. El vikingo reía y apretaba la garganta de su rival. Su dedo gordo encontró la nuez y presionó hacia abajo, intentando romperla. Galaf bregó furiosamente, hasta sacar la espada del abdomen enemigo, y la clavó bajo la boca del noruego, impulsándola hacia arriba, hasta que llegó al cerebro. El vikingo se derrumbó, muerto, pero aún tenía los dedos inexpugnablemente

cerrados sobre la garganta. Galaf, mareado, buscando aire, consiguió otra vez sacar la espada y se desplomó de rodillas, arrastrado por el peso del cadáver. La vista se le nublaba, pero metió los dedos bajo las rígidas y musculosas manos y las separó de su enrojecido cuello.

Débil a causa del dolor proveniente de su nariz partida, vio que el drakkar se había separado definitivamente del *Nube Azul* y comenzaba a alejarse. La imagen de su familia destrozada se sobrepuso a la de los guerreros heridos y muertos, la sangre de las maderas, el mar, el cielo oscuro y ominoso. Echó a correr hacia la nave pirata, limpiándose la sangre y las con el dorso de la diestra. Llegó a la baranda de babor, tiró la espada y saltó, estirando los brazos. Abajo, el mar entre los dos cascos estaba sembrado de bultos sin vida flotantes. Se acercaba a una cuerda colgante de la cubierta vikinga, anteriormente unida a un gancho de abordaje, cortada por un defensor y ahora colgante del barco gris. Chocó brutalmente contra el calafateado. La cuerda se aplastó bajo su pecho y Galaf se zambulló en el agua helada. Notaba el cabo rozando su rostro y lo agarró. Salió a la superficie y comenzó a trepar, enloquecido. Se rasguñó una rodilla contra el casco, pero subió varios palmos más, aferrado al grueso cabo, con los pies rozando la espuma que levantaba el casco al surcar las olas.

Entonces, la nave viró hacia el Este para aprovechar el fuerte viento. Ya en la dirección adecuada, las velas se hincharon y su velocidad se redobló. Galaf, resultó impulsado hacia atrás. Trató de aferrarse a las ventanas de los remos, ahora cerradas. No lo consiguió. Sus dedos resbalaban una y otra vez sobre la húmeda madera.

El *Nube Azul*, más lento, quedó atrás. Sobre su cubierta los vencedores aullaban jubilosos e increpaban a los escapados. Algunos lanzaban inútiles flechas hacia el drakkar.

Galaf sintió que la debilidad le podía. Los ojos se le cerraron. Entonces, recordó a su hija y mujer mientras las violaban en el salón familiar, sus gritos ensordecedores de horror y asco al ser penetradas y mancilladas una y otra vez. La rabia volvió y le dio fuerzas: el Destino aún no deseaba su muerte. Escaló por la cuerda, luchando contra la debilidad de sus músculos extenuados, contra el viento cortante, contra el salitre que llenaba sus ojos y flotaban en su estómago. Palmo a palmo,

extrayendo energías de donde no había, subió por el cabo.

Tembloroso y jadeante, pasó sobre la baranda y caminó tambaleándose, como un borracho.

Los vikingos, pocos y deprimidos tras la derrota, lo habían visto surgir del mar como un demonio de las profundidades. Galaf tenía los ojos enrojecidos y desorbitados. La sangre manaba en dos pequeños hilos de la nariz deformada. Tenía las barbas y los cabellos tan mojados y caóticos como los de un troll de los bosques. Su dedo índice señalaba hacia Lars, quien lo contemplaba, inmóvil, desde la proa. Junto a él estaba Rolf *El Matador*.

Los piratas, asustados, se alejaron de aquella aparición. Sólo Rolf y Lars permanecían en su sitio. Ambos habían palidecido mortalmente y el asombro y el espanto se conjugaban en sus pupilas. De pronto, Lars *le reconoció*. Exhaló un gemido de horror y dio un paso hacia atrás.

Entonces Galaf cayó al suelo y quedó allí, como un bulto desmañado, incapaz de seguir consciente.

Le despertó el agua helada. Hicieron falta dos cubos. Abrió los ojos y contempló un pequeño número de vikingos a su alrededor, seis en total, los únicos supervivientes de la batalla. Estaba de pie, fuertemente atado al mástil del drakkar. Le habían limpiado y vendado las heridas mientras se hallaba inconsciente. Se sentía lleno de energías. Y odio.

Lars lo miraba de forma indescifrable, siempre acompañado de Rolf. Galaf clavó sus ojos en el líder vikingo y trató de liberarse. Las cuerdas, del grosor de un puño, se clavaron en su pecho, tobillos, muñecas, brazos y piernas. Acudió el sudor a su rostro, amoratado y tumefacto a causa de la nariz rota, y volvió a sangrar. Le habían atado con efectividad marinera, así que sus enérgicos intentos no consiguieron despegar ni un dedo su espalda del mástil.

Los vikingos se hubieran burlado de otros prisioneros. Pero nadie sonrió a costa de Galaf.

-¿Por qué has venido hasta mi barco? -preguntó Lars, en claro danés- ¿Por qué no te quedaste con tus compañeros, saboreando la victoria?

Galaf habló roncamente:

-Bien lo sabes, Lars *El Gris*, asesino de

mujeres y niños. Quiero venganza, justa venganza. Tú mataste a mi familia.

Lars lo contempló en silencio.

-¡Voy a rajarlo como a un cerdo! -intervino Rolf- Está llenó de odio, sólo nos traerá complicaciones.

Sacó el hacha de su sujeción al cinto y reculó el brazo derecho.

-No -ordenó Lars. Durante un solo instante, pareció apesadumbrado. Después, recuperó la frialdad habitual-. Déjalo ahí. Ya pensaré qué hacer con él.

Se volvió y andó hacia su pequeño cuarto, en la popa, el único de la nave, con los hombros encorvados, como si soportase sobre ellos un gran peso.

Una vez que hubo desaparecido Rolf aspiró con fuerza y lanzó el hacha. Galaf lo vio venir y no cerró los ojos. El filo se hundió unos centímetros por encima de su cabeza. Todos sus músculos faciales se tensaron, mas no había parpadeado siquiera.

-Tienes suerte... -le dijo Rolf, arrojándole una mirada asesina-. Tienes mucha suerte...

Le dio la espalda. Los cuatro restantes marineros se dispersaron, hacia diferentes puntos de la cubierta.

Aquella noche, Galaf aun seguía atado al mástil. Sin soltarlo, le habían dado de comer. Al parecer, Lars no deseaba que muriera. El prisionero tenía el cuerpo helado por el frío y la falta de riego sanguíneo. El viento procedente del Oeste aún inflaba las velas. Más allá de las bordas, la espuma de las olas brillaba sobre un fondo de negrura. El viento silbaba ominoso, profundo.

Eran muy pocos los piratas sobre el drakkar, así que hasta el mismísimo líder, Lars, tenía que hacer guardia. En ese momento, era el único que no dormía del barco. Se acercó a Galaf. Ambos se observaron en silencio. El vikingo sacó un cuchillo de su vaina y lo clavó en el mástil, a pocos dedos de las cuerdas del reo. Después, despertó al siguiente turno y se metió en su cuarto.

Galaf frotó el grueso y escarchado cabo contra el cuchillo, llevando cuidado de hacerlo sólo cuando el soñoliento centinela miraba en otra dirección. Le llevó una hora liberarse. Cuando lo consiguió, el vigía cabeceaba, arrullado por las olas, manteniendo firme el timón. Aquellos

experimentados marinos serían capaces de seguir un rumbo fijo incluso dormidos. El prisionero casi ni podía andar y hubieron de pasar dolorosos minutos hasta que la sangre volvió a correr normalmente por sus arterias.

Tomó el cuchillo y el hacha clavados en el madero. Mientras avanzaba sobre cubierta, como un gran gato, vio una lejana sombra sobre el horizonte. Sin duda, se trataba de la costa de Gotaland. También distinguió varias prominencias afiladas por el Sureste. Eran gigantescas islas de roca, contra las que un barco podría hacerse pedazos.

Silenciosamente, llegó hasta la popa. Allá estaba el vigía y timonel, cumpliendo su monótona tarea entre ronquidos. Galaf apretó la mandíbula, sus ojos brillaron en la oscuridad con un fulgor asesino. Se le echó encima, tapándole la boca, y clavando con fuerza el cuchillo en un ojo. La punta llegó al cerebro y el vikingo murió al instante. Galaf lo echó por la borda con cuidado. Ninguno de los otros cuatro vikingos restantes, enrollados en sus mantas, dormidos junto a los bancos de remos, despertó. Tampoco emergió nadie del cuchitril del capitán.

Sin una mano que mantuviera el timón, el barco comenzó a virar lenta e inexorablemente hacia el Sureste.

Galaf, aún silencioso, el puñal y el hacha en la mano, se deslizó entre los bancos de remos. El Destino le sonreía, pues ninguno de los tres siguientes vikingos despertó antes de morir. El cuarto y más lejano era Rolf, situado en el último banco, cerca de la punta de proa.

Entonces, sonaron crujidos procedentes de la popa, del cuarto de Lars. Durante más de treinta frenéticos latidos, Galaf se debatió entre acabar con Rolf antes de que éste despertara, o encargarse de Lars. Podía oír los broncos ronquidos del noruego. Sin duda dormía profundamente. Mas, si el capitán aparecía en cubierta ahora, descubriría que su cautivo habría escapado y daría la alarma. Tendría que enfrentarse a la vez contra los dos últimos vikingos. Sin embargo, si era rápido y hábil, podría despachar a Lars antes de que despertara Rolf. Entonces, sólo se las vería con un último hombre.

Sonaron nuevos crujidos desde la cabina de Lars. Si salía ahora, podría echarlo todo a perder. Tragándose una maldición, Galaf se

encaminó hacia la popa.

La puerta de la cabina era pequeña y estaba enclavada en el mismo suelo de cubierta. Mostraba un grueso aro metálico y negruzco, del que habría que tirar para abrir la trampa. Miró por última vez hacia proa. El bulto sombrío que era Rolf continuaba inmóvil, ajeno a la liberación del prisionero y la muerte de sus compañeros. Galaf metió el cuchillo entre el cinto y la cadera y agarró el asa de la puerta. Reprimió un jadeo y la alzó lentamente, preparando el hacha para descargarlo sobre el capitán, si es que le esperaba en la misma entrada de su cuarto.

No fue así: sólo descubrió una escalerita de peldaños de vieja madera, que descendía unos dos pies, hasta un suelo de tablas, sucio y oscuro. El corazón de Galaf galopó frenético mientras bajó los escalones, acostumbrando los ojos a la negrura de la cabina. Un solo chorro de suave claridad azulada, proveniente de las estrellas, surcaba la pequeña estancia, desde un ventanuco en la pared de la izquierda. Era la estancia casi cuadrada, de casi pies por lado, y había que agachar la cabeza para no dar con la coronilla en el techo. Distinguió la sombra de una mesita, unos bultos en el suelo, a su izquierda, tal vez ropa o armas enfundadas, y un sencillo catre. Nada más.

Sobre la pequeña cama, al otro lado del cuarto, descubrió a Lars, sentado, como una figura impenetrable. Ahondó en la oscuridad de su rostro y comprendió que *El Gris* le miraba fijamente, sin un solo movimiento. Sólo la fuerte respiración que hacía subir y bajar su gran pecho desmentía la total inmovilidad. En la mano izquierda tenía un enorme puñal. En la diestra empuñaba una espada.

Galaf sintió que la furia oprimía sus sienes. Cerró la trampa y corrió la barra de hierro sobre el pasador. Lars ni se había preocupado de echar el cerrojo para impedirle entrar. *El Loco* sacó el cuchillo del cinto y agarró con fuerza el hacha.

-Al fin has venido -dijo *El Gris*, con voz tranquila y profunda-. Lo que ha de ser, sea. Luchemos.

Se levanto, aprestando la espada y la daga, encorvando el cuerpo y dando un paso hacia delante. Algo se quebró en la mente de Galaf. Aulló y se lanzó hacia Lars, atravesando la oscuridad. La espada del pirata paró su golpe y *El Gris* contraatacó.

Luchaban con denuedo, como sombras

huidizas y fugaces, como perros en un callejón, entre jadeos, gritos, gruñidos y el estruendo propio del entrecocar de aceros. Tiraban y destrozaban los escasos muebles y bultos, se empujaban y lanzaban puñadas, daban contra las paredes, el suelo y el bajo techo con estruendo y, no obstante, continuaban en salvaje liza. Los ojos de Galaf ardían de ira, los de Lars brillaba con furia cerebral. El primero atacaba como un toro furioso, el segundo luchaba con habilidad y eficacia, intentando llevar las riendas del combate. Ambos estaban muy igualados.

Se oyeron voces procedentes del exterior. Rolf, alarmado a causa del ruido de aceros y los alaridos, intentaba echar la puerta abajo, pero la barra del cerrojo era fuerte y podría resistir durante varios minutos más.

En un momento dado Galaf empujó a Lars. El vikingo cayó sobre una pequeña estantería de un rincón, derribándola y arrojando al suelo multitud de pequeños tesoros y adornos bárbaros.

Un objeto caído llegó hasta los pies de Galaf. Sin saber por qué, lo recogió, retrocedió y miró detenidamente, bajo la luz del ventanuco, sin bajar la guardia en cuanto a su rival. Era una figura tosca e infantil esculpida en madera. Un dragoncito. El juguete de un niño.

-¡Suéltalo! -bramó Lars- ¡No lo toques!

Había perdido del todo su compostura, la furia y la desesperación borran cualquier frialdad de su rostro.

Galaf miró a Lars, luego al dragoncito de juguete. Peleó contra la confusión. De pronto, *comprendió*.

-Esto era de tu hijo -dijo, mostrando el juguete-. Tú también tenías una familia.

Lars rugió como una bestia y se lanzó sobre Galaf. Éste se apartó y golpeó con el hacha. La hoja abrió la cota y el pecho de Lars, lanzándolo contra una pared. Sin embargo, antes de ser herido, el vikingo había arrebatado el juguete de manos de Galaf.

El pirata, desde el suelo, contempló la figurita con detenimiento y, bajo la claridad de las estrellas, sonrió con una tristeza infinita. Estaba llorando. Miró a Galaf y la vista se le llenó de rabia. Trató de levantarse, mas el escalofriante tajo en su pecho era mortal y él lo sabía. Se dejó caer de nuevo. La sangre manaba en finos chorros por la herida, el rostro estaba tornándose

ceniciento. Jadeó. Habló con voz entrecortada:

-Desde que te vi por primera vez supe que me matarías.

Galaf lo miró enigmática y fríamente.

-Tú ya estabas muerto entonces, Lars *El Gris*. Deseabas morir y por éso no acabaste conmigo en mi propia casa, hace un año. Ni permitiste que esta mañana lo hiciera Rolf. Y hoy, cuando clavaste ese cuchillo junto a las cuerdas que me ataban al mástil, sabías que las rasgaría con él y por la noche vendría a buscarte. Has sido un cadáver durante todo este tiempo, *Gris*. Un moribundo que ansiaba fallecer de una vez por todas.

Lars miró el dragoncito y lo apretó contra su húmedo pecho. Después, dirigió los ojos hacia Galaf. Sonrió irónica y amargamente. Dijo:

-A veces, los hombres toman extrañas decisiones que ni siquiera comprenden...

Los ojos perdieron el brillo de la vida.

La trampilla cedió al fin y una vaharada de aire helado alivió el ambiente cargado de sangre y sudor. Sonó la ruda voz de Rolf:

-¡Lars! ¿Estás vivo? ¡Ese danés del demonio escapó y ha asesinado a...!

-*El Gris* ha muerto -anunció Galaf, aprestando de nuevo sus armas- ¡Sólo quedamos tú y yo, *Matador*!

Durante varios latidos, reinaron el viento, el susurro de las olas y el crujido de las olas. Entonces, la voz del noruego tronó:

-¡Sal fuera y pelea contra mí, hijo de perra! ¡Vamos! ¡No te atacaré hasta que estés aquí arriba!

Galaf agarró un fardo de ropa del suelo y lo aproximó a la abertura de la trampilla. Un fuerte espadazo se lo arrancó de la mano. Rolf, como una figura oscura alrededor del cuadro, alzó el bulto y lo arrojó hacia atrás. Soltó una gran carcajada.

-¡Eres listo, danés! -gritó- No te fías de mí, ¿eh? Ya que no puedo engañarte, jugaré limpio: mírame ahora. ¡Me estoy alejando!

Galaf contempló la sombra de Rolf. Efectivamente, andaba hacia la proa, pero sin dejar de observar la trampilla.

El Loco surgió en dos saltos al exterior. La Luna había salido de entre las nubes e iluminaba fabulosamente el barco, como una larga daga que surcara un mar de plata. El viento alzaba sus enmarañados cabellos y barba. Las estrellas

arrancaban destellos al cuchillo y la espada tiznadas de negro. Sangraba por varias heridas menores y su ira mantenía lejano el dolor. En la proa, Rolf se erguía como una montaña. Tenía un escudo embrazado y una espada en la diestra. Tras él, las islas de roca comenzaban a crecer de manera peligrosa. deformes. En menos de una hora, el drakkar sin timonel chocaría contra ellas.

-¡Escúchame, necio! –gritó Rolf- ¡Si alguien no doma el timón, los dos vamos a perecer Galaf empezó a saltar sobre los bancos de remero, los ojos clavados en el noruego.

-Todos moriremos hoy aquí –contestó-. Es el mejor final para esta historia.

Rolf retrocedió un paso. Temía el hacha de su enemigo.

-¿Lo has matado? -preguntó-¿Realmente, has matado a Lars?

-Sí. Pero mi venganza no se consumará hasta que muera el último vikingo de este barco.

-¡No tiene por qué ser así! -protestó Rolf- ¡Tú debes ser nuestro nuevo capitán! Así lo estipulan las Leyes del Mar: si un hombre vence en justa lucha al capitán, puede convertirse en el nuevo líder del barco.

Galaf se detuvo cuando ya había recorrido la mitad de cubierta, y lanzó una carcajada llena de hiel.

-¡No acepto las leyes de dioses, ni de los hombres, ni tampoco las del mar! Sólo acato un mandato: ¡la venganza!

-¡Eres un loco! ¿Por qué debemos morir? ¡Disfrutarás de aventuras, riqueza, mujeres y cuantas otras alegrías puedas imaginar! ¡Tendrás poder! Sé que te gusta combatir y matar, lo he visto en tu rostro. Eres un lobo que se ha desprendido al fin de la piel de cordero.

-¿Como Lars? -preguntó Galaf- ¿Él fue un cordero o un lobo?

-Cuando lo conocimos, se trataba de un ser vulgar, como tú -contestó Rolf-. Yo mismo maté a su familia, delante de él. Me lo traje al barco y lo hice mi esclavo. Guardaba dentro de sí mucha rabia, pero la supo canalizar en su propio beneficio; acabó aceptando la situación y se convirtió en uno de los nuestros. Peleaba a nuestro lado y llegó a convertirse, por méritos propios, en el nuevo capitán. Pronto olvidó su patética existencia anterior... ¡Tenía una nueva vida y le gustaba! -el pirata bajó la voz- Yo le quería como a un hermano.

-Ahora, está muerto –afirmó Galaf.

Rolf lo contempló durante varios latidos de forma lúgubre. Dijo:

-Vi a Lars degollar a muchos inocentes sin que le temblara la mano, pero desde el día en que te conoció, cambió. Se volvió débil, hasta el punto de buscar su propia muerte perdonándote la vida. ¿No fue él quien te liberó del mástil?

-Sí -respondió Galaf-. Él se contempló a sí mismo en mí y no lo pudo soportar.

-Lo suponía. Era mi compañero de lucha, mi hermano de sangre. Pero se ablandó, y nuestra fraternidad no tolera la debilidad. Sólo aceptamos a los fuertes –le señaló con la espada-. ¡Tú lo eres! ¡Conviértete en un nuevo hombre, disfruta de una nueva vida!

Galaf pensó en la extasiante alegría que le había invadido al masacrar enemigos, al aplastar a quienes osaban interponerse en su camino, en saberse superior al contrario y demostrárselo sin piedad. Se trataba de un placer embriagador. Imaginó un futuro cargado de batallas y victorias. Lo tenía al alcance de la mano. Podía cerrar los puños sobre la garganta del mundo y doblegarlo hasta obtener de él cuanto deseara.

Entonces, recordó las últimas palabras de Lars *El Gris*: “*A veces, los hombres toman extrañas decisiones que ni siquiera comprenden...*”.

Siguió corriendo y saltando sobre los bancos, hasta alcanzar a Rolf. Entraron en liza, hostigando al vikingo incansablemente. El pirata luchaba con bravura, reía locamente y lanzaba vítores a Tyr y Odín. Finalmente, un poderoso hachazo le alcanzó el cuello y se derrumbó, como un buey en el matadero.

Galaf, jadeante, sintiendo el frío helándose sobre la piel, llegó hasta la punta de proa y permaneció en pie, viendo acercarse más y más las negras masas de roca. La espuma de las olas brillaba contra ellas.

Se sintió viejo. La venganza se había consumado. Él ya no era nada. Su vida estaba vacía. Apoyó el filo del hacha en su garganta y de un fuerte y eficiente tajo la abrió de lado a lado.

Poco después, el drakkar colisionaba fatalmente contra las inmensas rocas. Las cuernas saltaron en pedazos, el mástil se partió, las velas fueron desgarradas y el mar se tragó la rota nave y los cadáveres que la ocupaban.

La Puerta Etrusca (I)

Por Jorge R. Ogdon

Un homenaje a Montague Rhodes James

Etruria, generatrix et mater superstitionum

Arnobio, Adv.gent., VII: 26.

1.

En este sitio habita el Mal. Exuda de las paredes, desciende desde los techos, sube desde los suelos. Pero nunca puede cruzar la puerta. No importa. No lo necesita, porque ellos lo harán por Él.

2.

Vel Partunu, hijo de Velthur y Ramtha Satlnei, corría por el corredor fungoso y resbaladizo, con una antorcha chisporroteando en su mano izquierda, levantada delante de él, que apenas podía alumbrar la oscuridad perversa que planeaba en la atmósfera enviciada de ese lugar espantoso. Corría jadeando y exhalando suspiros cada vez más profundos, que denotaban que se encontraba al borde de sus fuerzas físicas, mientras mascullaba palabras incomprensibles, que, por momentos, pasaban del susurro al griterío histérico. Él estaba detrás de él y no le permitiría conseguir su propósito por nada del Mundo. Y él tenía que hacerlo, aún cuando, ante sus propios ojos desorbitados, su cuerpo se estuviera derritiendo. La mano que empuñaba la antorcha no era ya sino un sanguinolento muñón que se adhería a la madera de la misma; sus pies, ¡oh, sus pies eran informes masas de carne, músculo, sangre y linfas!, que se iban descarnando con cada paso que daba sobre el gomoso piso de lugar tan horrible. Pero, en su mente, una sola idea le daba la fuerza necesaria para cumplir con su cometido. ¡Y faltaba tan poco para llegar!

“Ten... go que... ce...rrar...le la puerrr...ta... Tengo que... cerrar...le... la.....puerrr.....rrta....aaa”.

3.

Dentro, el sonido sibilante y penetrante de

las turbinas del Boeing 747 no se escuchaba en lo más mínimo. Julio Gravinia se arrellanó en su asiento, ajustándose el cinturón de seguridad y terminando de tragar el caramelo que gentilmente le había convidado una de las azafatas. Era su primer viaje a Italia y se sentía entre contento y todavía sorprendido por su buena fortuna. No todos los días se reciben llamadas de un estudio de abogados – y de los afamados – para enterarse que, en algún lugar del planeta, un igualmente desconocido pariente ha fallecido y le a nombrado a uno su “heredero único y universal”. Y no todos los días nos ponen en la mano un pasaje aéreo y un montón de dinero y se nos dice que, entre otras varias y variadas cláusulas, estamos obligados a “tomar posesión” de ciertas propiedades, vastas y ricas, que se encuentran enclavadas en alguna parte del sitio de marras.

Ante eventos como estos, es difícil que alguien pueda negarse a abandonar y dejar atrás la aburrida vida de un oficinista para convertirse en un hombre rico, o, al menos, en una persona que no debe rendirse a tales servidumbres para vivir.

Y Julio Gravinia no era la excepción. Por eso estaba allí, a punto de poner sus pies sobre el asfalto de la pista del aeropuerto de Fiumicino.

4.

Se hospedó en un hotel de cinco estrellas, como convenía a su nuevo estatus económico. En pleno centro de Roma, a apenas dos cuadras del Coliseo. Permanecería en la Bella Roma por poco tiempo, un día, a lo sumo, para continuar su camino hacia la región de Toscana, en donde se localizaba la finca heredada. Entretanto, podría descansar del largo viaje desde allende el Océano Atlántico hasta “La Bota de Europa”; y, también, tendría el tiempo necesario para terminar de leer los papeles que los

adustos abogados de su pariente le habían entregado, en señera ceremonia privada, dentro de un gran sobre manila, lacrado con un curioso sello, que no quiso quebrar. Por el contrario, el diseño en relieve le resultó sumamente llamativo, y por eso quiso conservarlo intacto. Recordó el trabajo que le había dado retirarlo sin romperlo, gracias a la paciencia y el hábil uso de su abrecartas, al regresar de aquella hierática ritualización en el estudio de los letrados, y bajo la tranquilizadora luz de su escritorio y la suave música de “La Niña de los Cabellos de Oro” de Debussy.

Ahora, en el lujoso y muy romanizado cuarto de hotel, una vez terminadas las tareas de acomodamiento del equipaje, el vestuario y diversos “utensilios”, y previo baño estimulante, Julio tendría todo el tiempo que quisiera para finiquitar con la lectura de esos papeles. En el avión había comenzado a hojearlos, pero no parecían tener una ordenación o una lógica determinadas. Él creía que iba a encontrar alguna especie de testamento o documento legal similar, con listas de los bienes muebles e inmuebles que eran ahora suyos, o papelería de ese estilo tan caro a los acumuladores de bienes y a sus administradores; pero no parecía que ese fuera el caso.

Se sentó ante un hermoso escritorio de cedro rojo con tapa vidriada, desplegó el contenido del sobre, y se dedicó a leer el primer manojito de hojas: tenía un sello impreso en relieve á sec sobre la parte superior de cada una de ellas, que enseguida identificó con la figura del sello lacrado. Se trataba, al parecer, porque, al igual que en aquel caso, la imagen no era totalmente clara, de una especie de entidad o ser sobrenatural o imaginario, una especie de quimera o como se le llame a esos monstruos de las mitologías, de esos fenómenos delirantes de los que se pobló la mente del ser humano desde los tiempos de las cavernas hasta el presente. Ahora los terrores modernos tenían otras formas y eran narrados con otros mitos, pero para él no debían ser muy distintos de los que atemorizaban a nuestros antepasados milenarios. Enmarcó las cejas, en un gesto de disgusto y asombro ante sus ideas acerca de la figura; ciertamente, era una extraña elección para servir de blasón familiar. Porque pronto descubrió que se trataba de eso: el “escudo de armas” de su pariente fallecido.

5.

El fárrago de papeles resultó ser una suerte

de diario del susodicho difunto, acompañado de enorme cantidad de notas manuscritas, referencias bibliográficas, recortes de periódicos de las procedencias más increíbles (desde oscuros líbelos locales de los siglos XVII, XVIII y XIX hasta desconocidos y clausurados diarios de Malasia, China, Africa y otros puntos dispares del mundo), y un segundo sobre, blanco y grueso, nuevamente lacrado con el sello consabido. Apartó este último, porque intuía que allí se encontraba algo que tendría que ver con el cúmulo de información que le acompañaba, y, por lo tanto, decidió ordenar éste en primer término. Le pareció muy conveniente, antes que nada, echar un vistazo al relato del muerto: nadie mejor que él para contarle de qué se trataba esta fábula en la que se había visto envuelto sin proponérselo, pero que, desde un comienzo, le había fascinado y maravillado como sólo puede hacerlo semejante golpe de suerte. ¡Todavía no podía creer que no se encontraba en la vorágine tediosa de su vida cotidiana!

Volvió su atención a las páginas del diario. Este, en realidad, no era sino unas 80 hojas blancas enteladas y gruesas, de aquel papel que se hizo para cartas de gentilhombre hasta principios del siglo XX, así que le pareció que el manuscrito debía tener no menos de 90 años. El primer registro le dio la razón, porque estaba fechado el 21 de diciembre de 1899. Buscó la última entrada que registraba el diario: caía en el día 6 de noviembre de 1903. Supuso que debía ser el testimonio del abuelo o del padre de su pariente, porque si este había muerto en fecha tan lejana, siendo que ahora era el 23 de abril de 2001, ¿porqué había sido convocado recién hacía unos días por los abogados? En fin, si así fuera, la persona que redactó el documento que tenía ante sí, debió ser, del mismo modo, alguna especie de pariente suyo por alguna parte de la familia, y eso acicateó su curiosidad. No era nada habitual encontrar tales enigmas acerca de la parentela de uno, y se sintió motivado a conocer tanto al personaje como al relato.

Se sirvió una gaseosa del mini-refrigerador y se echó en la amplia cama con aquella en una mano y la primera página del diario en la otra, y comenzó a enterarse del pasado de una rama familiar que parecía haberse desgajado del tronco principal hacía muchísimos años.

6.

21 de diciembre de 1899

Esta mañana, bien temprano, al despuntar el alba, llegaron los obreros. Eran veinte hombres robustos y habituados a las tareas de remoción de tierras y escombros. La mayoría eran de Chiusi, al sur de mi villa natal de Montepulciano; los menos, de mi propio caserío. Al llegar, ya les estábamos esperando: el Profesor Giulio Engrazie, arqueólogo de la Universidad de Roma; el Doctor Mario Fanabe, etruscólogo eminente de la misma casa de estudios; el Doctor Ulrich Baumstumpfen, otro sabio en la materia, de la Universidad de Leipzig; los estudiantes de arqueología, Antonino Arezzo y Jean Flaubert, y yo.

La recepción fue amable y rematada con una exhortación a realizar una labor concienzuda y delicada, en la que no faltó la motivación que daba la promesa del dinero, para ellos, y de los posibles hallazgos maravillosos, para nosotros, los eruditos. Luego de la repartija de herramientas y la asignación de los directores y los equipos, sumidos en la excitación del entusiasmo, tanto unos como otros nos dirigimos a los lugares designados y emprendimos las primeras tareas de remoción en los túmulos.

Pasadas unas horas de cavar denodadamente, conseguimos despejar los lados de un par de ellos, como para darnos una idea de la extensión del yacimiento. Estos “pozos testigos” nos procuraron algunos primeros indicios de que íbamos por buen camino: a unos cincuenta centímetros del suelo, en el área de lo que denominamos “Túmulo Grande ‘A’”, encontramos fragmentos de jarras cerámicas, muy destruidas; incluso, algunas parecían haber estado bajo el efecto de combustión de una fuente de fuego muy fuerte. Al menos, así especuló el Dr. Baumstumpfen, con quien, luego del examen correspondiente, coincidieron el Profesor Engrazie y el Dr. Fanabe. No pude menos que expresar mi opinión de que, ciertamente, parecían consumidos por las llamas de un gran incendio. Los estudiantes me apoyaron, señalando que la tierra excavada, igualmente, presentaba evidencias claras de “haberse quemado hasta una profundidad considerable” – tales fueron las palabras de Flaubert.

El Dr. Baumstumpfen acotó que no era “improbable” (sic), ya que los ladrones de tumbas, como buenos ignorantes supersticiosos y brutos contumaces que eran, tenían la estúpida costumbre de incendiar las sepulturas que saqueaban, a fin de no ser perseguidos por las “imaginarias ánimas”

de sus víctimas. Una sonrisa afloró en los labios de la mayoría de mis colegas y amigos eruditos, pero noté, por el rabillo del ojo, que varios de los obreros, que estaban trabajando cerca nuestro y habían oído los comentarios “científicos” del sabio alemán, fruncieron el ceño y se persignaron. Algunos, lo hicieron varias veces. Me parece que no sólo los ladrones de tumbas son brutos y supersticiosos.

Ya corría la media mañana, bien avanzada, por lo que decidimos tomarnos un descanso, especialmente para rever con tranquilidad los resultados obtenidos hasta entonces. Los hombres, a su vez, podrían descansar y alimentarse, para volver a emprender las labores por la tarde, si fuera el caso. Como no lo fue.

Se aprovechó para retozar y hablar ante las largas tablas que hacían de mesas, entre tazas de té y café calientes y hogazas de pan y quesos, aceitunas y otros entremeses. Los obreros habían formado su corrillo propio en una de las mesas y nosotros ocupábamos la otra. Entre ellos, podía oírles decir, en una lengua local entreverada con italiano, que estaban algo preocupados por lo que habían visto; se decían, en su lógica campechana, que si las tumbas ya habían sido violadas, no encontrarían nada y la paga se reduciría al mínimo. Sólo si hubiera “grandes tesoros”, los “tontos estos” pagarían como se debe. Un par arriesgaron que “por ahí, aún queda algo” o que “podríamos cavar por otro lado, si esas tumbas están vacías”. Me causaba gracia escucharles debatir acerca del dinero que se llevarían por la faena, porque estaba bastante seguro que hallaríamos cosas valiosas, no quizás para ellos, pero sí para nosotros, que nos ufanábamos de ser los mejores etruscólogos vivientes.

Un grito me sacó de mis reflexiones. Era el Dr. Fanabe, que llamaba nuestra atención, con tan poco ortodoxa forma, a lo que tenía en sus manos. Nos acercamos todos y vimos que, habiendo desmenuzado un bloque pequeño de tierra, sostenía un anillo dorado que refulgía al sol. Entre todos le seguimos hasta el taller para terminar de limpiarlo y apreciarlo en toda su magnificencia. No era muy grande, pero parecía trabajado en forma muy elaborada, abundando en detalles filigranados, como relieves agregados al aro de base. Por su diámetro, lo imaginé puesto en el dedo de una niña. Y no me equivoqué, como pudimos comprobarlo luego, al medirlo y especular sobre su propietario o

propietaria original. Afortunadamente, el estudiante Arezzo recordaba exactamente de dónde procedía el terrón y fuimos en masa a ver el sitio, que marcamos convenientemente.

Observé que los obreros estaban más que entusiasmados, y más relajados, ante el hallazgo. Decidimos no proseguir las excavaciones por hoy, ya que el sol estaba muy fuerte y todos estábamos muy excitados por tan prometedor descubrimiento. Despachamos a los hombres con algunas liras en sus bolsillos, como para alentarles, e invité a mi grupo de amigos a regresar a la casa.

Julio apartó la página a un lado y se quedó pensando, con una creciente ansiedad, en lo que acababa de leer y en que, en pocas horas más, se encontraría precisamente en el sitio donde aquellos eventos tan singulares habían tenido lugar. Así que ese ignoto familiar toscano había sido un diletante – porque no se atribuía ningún doctorado rimbombante como sus compañeros – de la Arqueología de su terruño. No era de extrañar: si tenía un blasón debió haber sido algo así como un “noble” terrateniente, un conde, un barón o algo por el estilo que se estilaba todavía en ese pasado, no tan remoto. Después de todo, la “nobleza” aún subsiste gracias a las “monarquías” contemporáneas. Y algunos de entre ella también mantienen la tradición arqueológica de sus antecesores. “Los seres humanos siguen siendo los mismos de siempre” – musitó mientras dejaba la hoja sobre la mesa. La lectura le había despertado el apetito; debió haber sido la descripción que hacía su pariente sobre los “quesos, aceitunas y otros entremeses”.

7.

La cena y la caminata por los alrededores terminaron con Julio nuevamente encerrado en la pieza del hotel, echado otra vez en la cama y con un cigarrillo en una mano y la segunda página del diario en la otra.

23 de diciembre de 1899

Ayer perdimos el día. Como por arte de magia, poco antes de que saliera el sol, el cielo se obscureció completamente y, al rato, se largó una tenue pero persistente llovizna que duró todo el día. Como me lo esperaba, no se presentó nadie a trabajar; y no les culpo: yo mismo di indicaciones de que nadie saliera de la casa. Se muy bien el

estado en que quedan los campos bajo esas condiciones. Lo único que me preocupaba era que el sitio del hallazgo no se perdiera, aunque me confortaba saber que lo habíamos señalado apropiadamente. Mis amigos y yo lo pasamos estudiando el anillo encontrado.

Hoy la lluvia continúa, más tenaz que nunca aunque no se trata de una tormenta en todo el sentido de la palabra. Es la época. Y como hemos tenido que seguir encerrados en la casa, aprovechamos para discutir nuestras opiniones acerca de la joya. Cuanto más la examinábamos, más nos desconcertaba su exquisita realización y su excepcional diseño. El Dr. Engrazie fue el primero en sugerir que los enmarañados relieves, en realidad, no enseñaban a varias figuras sino a una sola. El Dr. Baumstumpen no coincidía con él, pero los argumentos que agregó el Dr. Fanabe fueron contundentes. Con la paciencia de un chino y la asistencia de los estudiantes Arezzo y Flaubert, logró descifrar las volutas y vericuetos de la imagen, hasta trasladarla a un dibujo sobre papel, en el que, ahora sí podía apreciarse nítidamente que era un representación continua e integral de algún ser mitológico único, el cual, por sus rasgos tan extraordinarios, parecía medio humano y medio animal. Aunque la “animalidad” a la que hago referencia sea sólo una manera de decir que no era humano, porque ninguno de nosotros pudo determinar, a ciencia cierta, de que “bestia” se trataba. Mi impresión final, que me cuidé bien de comentar en voz alta, fue que era una especie de mezcla entre mamífero, pulpo o calamar y ave, pero con una testa y un rostro inusualmente humanoide. Representación siniestra, si se me permite un calificativo. No sé por qué, pero en ese momento casi me deshago de mi primera intuición acerca de la pertenencia del objeto: ¿qué niña podría portar semejante monstruosidad para engalanar sus manos? “Bueno, podría haber sido una chiquilla adscrita a algún culto religioso, propiamente etrusco, del que nada sabemos hasta ahora” – recuerdo que insinuó el Dr. Baumstumpen ante mi comentario, acompañado de las reafirmaciones de los Dres. Engrazie y Fanabe. Debí admitir que era una posibilidad, pero, en mi interior, y ahora lo confieso porque nadie podrá saberlo, sentí un total rechazo hacia la pieza y sus oscuras implicaciones.

Espero que esta tormenta termine para mañana. Estamos impacientes por seguir

desenterrando este misterio que...

Julio se quedó dormido.

8.

Las primeras luces del alba se filtraron por las cortinas de su habitación. Julio se despertó y abrió sus ojos, saltando de la cama ante los suaves golpes que daban a su puerta. Era el camarero, que traía el desayuno continental. Envuelto en una robe de chambre, Julio agradeció el servicio dándole una propina al muchacho, y se sentó en una confortable silla. Recordó que no había terminado la lectura del segundo registro del diario y se dijo que era mejor que lo hiciera en ese momento, ya que luego estaría muy ocupado. Tenía que iniciar sus preparativos para viajar hasta Montepulciano. Así que volvió su atención al manuscrito:

Espero que esta tormenta termine para mañana. Estamos impacientes por seguir desenterrando este misterio que, cada vez más, me produce cierta inquietud. No puedo explicarlo, pero me siento en un estado de desazón muy grande. Temo que suframos una desilusión si es que nos equivocamos y este anillo fuera solamente un hallazgo fortuito. ¡Quién se encargará de enfrentar a los obreros al momento de pagarles! No se porqué me lo pregunto, si quien los contrató fui yo mismo. Bah..., nada que no pueda arreglarse con un puñado de liras. Mañana veremos...

En fin, no se había perdido de mucho. Este último párrafo lo único que había conseguido, era acicatearle el interés, aunque no dijera nada interesante. Se duchó, como para despejarse definitivamente de los vahos del sueño, se vistió y se marchó. Lo primero que tenía que hacer, era alquilar un automóvil para llegar a Montepulciano: podía llegar en ómnibus, pero prefería una mayor independencia. Manejar por sí mismo le permitiría detenerse en el camino cuando se le antojase. Lo siguiente sería proveerse de mapas y otras informaciones sobre la ruta y la villa misma. Para lo primero recurrió al servicio de Avis, para lo segundo, a una agencia del Ministerio de Turismo italiano.

Su tercer movida fue abrir una cuenta bancaria en el Banco di Roma, a la que dotó de un considerable monto de dinero, gracias a que, entre los papeles que los abogados le habían dado, se

encontraba una nota que le acreditaba como titular de una cuenta especial (y millonaria) en una oscura institución financiera suiza. La mera presentación de dicha nota produjo el efecto de abrirle las puertas del despacho de uno de los principales directores del banco romano. Se sintió muy halagado por el trato recibido: ni que hubiera sido un conde. Bueno, de hecho, su pariente había sido un “notable” de la región, así que no podía resultarle extraño que, siendo su único heredero, hubiera igualmente adquirido tal estatus a los ojos de quienes estaban ligados, de una manera u otra, a tamaño personaje.

“Vaya, es como si fuera él” – pensó.

9.

Alquiló un Volkswagen Bora 1.6 Aut. 100 CV: potente, moderno, con estilo, “señorial”, acorde a su recientemente logrado rango de “terratiente” toscano. Lo eligió en color gris, acompañando ese curioso sentimiento de orgullo familiar que estaba renaciendo en él desde que se había empezado a interesar por su ancestro.

Cuando se marchó de la agencia Avis hacia el hotel, para recoger sus pertenencias y cancelar su estadía, circunvaló el Coliseo, y se dio cuenta que no lo había visitado, como había sido su idea el día anterior. “Quedará para otro momento” – se dijo.

Luego de los trámites de rigor y de haberse informado a conciencia de la manera para llegar hasta la ruta que le conduciría a Montepulciano, se mentalizó para conducir los alrededores de ciento sesenta kilómetros que tendría que recorrer, y arrancó sin vacilar.

Alcanzar el empalme con la carretera fue relativamente fácil y, una vez allí, todo se limitaba a seguirla hacia el noroeste, primero bordeando el Tíber y, después, dejándose llevar hacia el norte en línea casi recta, acompañado por el vasto y hermoso paisaje de valles y colinas boscosos. En una hora, estaba a un tercio de camino, a la altura de Orviero. En ese momento, le vino a la cabeza que desde el desayuno no había ingerido comida alguna, y que, siendo casi las tres de la tarde, se imponía hacerlo. Buscó un parador a un lado de la ruta y se dirigió hacia él. Una vez instalado, ordenó un plato de pastas con salsa bolognesa y un cuarto de vino tinto. Del auto había traído consigo la tercera página del diario, entre otros impresos más turísticos, como el mapa de carreteras y un folleto sobre Montepulciano. Pero se deshizo de estos últimos y se propuso seguir leyendo el diario, invadido por

una suerte de febril curiosidad insaciable.

24 de diciembre de 1899

Las precipitaciones cesaron hacia la madrugada, gracias a Dios. Para media mañana, el sol radiante ya había secado el suelo lo suficiente como para que nos indujera a salir de la casa. Muchos lugares todavía estaban muy enlodados, así que convinimos en usar nuestras botas de montar. Algunos de los peones aparecieron, poco convencidos de la oportunidad de seguir cavando con el piso tan húmedo, pero mis arengas y promesas de buena paga si nos acompañaban ese día fueron suficientes: era Nochebuena y unos dineros no les vendrían mal. Les prometí que sólo queríamos que removieran un poco de tierra en el lugar del hallazgo, que de ninguna manera los retendríamos más allá de las cuatro de la tarde y que todos y cada uno tendrían un “premio” si se quedaban hasta última hora. Aceptaron todo, menos lo de que quedarse “hasta última hora”. Adujeron que era Navidad y que tenían familias que los aguardaban; sin embargo, me pareció que era el hecho de quedarse después de la puesta del sol, lo que realmente los hacía rechazar el “premio”.

Nos dirigimos al lugar y les hicimos retirar cuidadosamente la tierra mojada; por suerte, el suelo removido un par de días atrás había absorbido el agua y no se había formado una “laguna”, que era lo que me temía. El Dr. Fanabe opinó que el agua absorbida no era beneficiosa para las pinturas. Supongo que pensaba encontrar una tumba decorada. En el momento, pensé si no alentaba demasiadas esperanzas.

A poco de excavar, aparecieron montones de fragmentos de jarras quebradas e incineradas, esta vez con gran cantidad de ceniza en su interior. El Dr. Baumstumpfen fue el primero en llamar nuestra atención. Al limpiar alrededor de una de ellas, que estaba bastante más compuesta que las demás, había hallado un aro de bronce que, por su tamaño, parecía parte de un brazalete. Esto se confirmó con el casi inmediato hallazgo de un fragmento de brazo esquelético, muy deteriorado e igualmente con rastros de incineración. Pero fue lo único que encontramos de ese cuerpo. El Dr. Engrazie comentó que podría ser que el cadáver se hubiera quemado hasta volverse cenizas, y que sólo la casualidad había querido que perviviera ese fragmento óseo, evidentemente perteneciente a la persona que, en vida, lucía el brazalete.

Las horas avanzaban, el trabajo iba lento, ya que confiábamos en exhumar algún otro cuerpo, y los obreros nos recordaban a cada momento que faltaban cuarenta y cinco minutos para las cuatro, treinta minutos, quince; que a las cuatro dejarían las herramientas, hasta que, harto de esta cantinela, les despaché, pagándoles algo de más y arrancándoles el juramento de que al día siguiente estarían aquí para continuar la faena.

Nos quedamos los sabios, hambrientos por devorar la nueva presa. Me sumé al grupo, que ya estaba rodeando al Dr. Engrazie, quien se ocupaba afanosamente por extraer el brazalete de la tierra que lo retenía. El agua de lluvia había hecho su trabajo más fácil, y el terrón se deshizo a poco de que empezara a romperlo. Estaba entero. La alegría nos embargó a todos los presentes. Con gran cuidado, el colega lo limpió y, ante nuestros ojos, apareció una gran obra de arte, aún en su enorme sencillez. No tenía los elaborados relieves del anillo, pero su pulida y lisa superficie, aunque percutida por el tiempo, mostraba el resultado de una labor artesanal estupenda. Fue el estudiante Flaubert el que se percató de la inscripción. Estaba grabada en el aro interior y en forma bastante descuidada pero, luego de un atento escrutinio, todavía legible; tras pacientes horas de desciframiento, los Dres. Baumstumpfen, Engrazie y Fanabe concluyeron que decía:

SALTNEI RAMTHA SEC PUIA ATI

Mi dominio del etrusco no es muy extenso, pero sí es el suficiente como para haber comprendido, casi enseguida, lo que significaban esas palabras: “Ramtha Saltnei, hija, esposa, madre”. Era el nombre y la filiación de la propietaria – porque a todas luces se trataba de una mujer – de la joya. El estupor se dibujó en el rostro de todos nosotros, pero sólo por un instante; el Dr. Baumstumpfen nos sobresaltó diciendo que “puede tratarse de la madre de la niña del anillo”. Es una chance, pero también podría ser su abuela o nada de ella. Y todo esto, si es que tal niña existió. ¿No podría ser un niño? En fin, todo me pareció pura especulación, y así se lo hice notar. El Dr. Fanabe y el estudiante Arezzo sacudieron sus mentones, asintiendo. El Dr. Baumstumpfen me miró con cierto recelo; me parece que no le gustó mucho ser contradicho, pero que dicte clases en Leipzig y en toda Europa a mi me tiene sin cuidado. Nací en

la Etruria y soy etrusco; un obesus Etruscus, quien, al decir de Catulo, es el prototipo del vero toscano.

Julio se frotó los ojos. Estaba algo fatigado por todo lo que llevaba hecho en el curso del día, y el almuerzo, junto con el vino tinto, estaba ejerciendo sus ensoñadores efectos. Pidió una segunda vuelta de café negro; observó que le faltaba poco para terminar esa página. Vio que no era en ella que concluía el relato del 24 de diciembre de 1899, y se dijo que tendría que haber traído todo el paquete. En fin, lo terminaría de leer después. Le quedaban apenas unos cuarenta kilómetros, y, si partía después del café, al menos llegaría a Montepulciano como para pasar allí la noche y seguir hasta su finca al día siguiente.

No lo pensó dos veces. Dejó la página a un lado con cuidado y tomó el folleto sobre Montepulciano. Tenía que elegir un buen hotel.

10.

El auto iba despacio por la larga calle principal, que llevaba a la Piazza Grande, en el otro extremo de Montepulciano, en donde está el famoso Pozzo dei Grifi e dei Leoni, punto culminante de numerosas festividades religiosas desde hace siglos. Desde allí sólo unas pocas cuadras le separaban del “Duomo”, “atendido por el Sr. Lucio Giovanni” –al decir de la guía-, un “albergue” de tres estrellas –lo máximo que se puede pedir, en ese rubro, en Montepulciano– que resultó muy acogedor, como pudo comprobar Julio al estacionar ante su puerta. Afortunadamente, no era una época del año en la que abundaran los turistas, y pudo conseguir una habitación sin problemas. Mientras se registraba, se percató que el Sr. Giovanni le miraba atentamente.

-¿Ocurre algo? –preguntó cortesmente.

-Oh, nada, nada, signore, sólo que me resultaba familiar... En fin, ¿su primera vez en Montepulciano? –respondió Giovanni con expresión de haber sido pillado en falta.

-En efecto. Nunca he estado aquí. Ni siquiera en Italia.

-Aah... Espero que esté disfrutando de su viaje, signore. Y, dígame, ¿de dónde viene usted?

-De Buenos Aires. De Argentina –aclaró Julio, dudando de los conocimientos geográficos del Sr. Giovanni.

-Ah,... ¡Maradona!... Aah, ¡sí, sí! ¡qué jugador!... Aryentina, sí... Muchos italianos por allá, ¿no?

-Vaya si los hay... Yo mismo tengo apellido italiano.

Giovanni echó una ojeada a su pasaporte y movió su cabeza afirmativamente.

-Ciertamente –agregó con una ligera sonrisa en los labios, mientras le retornaba el documento.

-Gracias.

-¿Se queda por cuántos días...?

-Por esta noche, solamente. Mañana seguiré viaje para tomar posesión de mi herencia familiar.

-¡Ah, enhorabuena! Y, ¿se puede saber de quién de la comarca es usted el heredero?

-Sí, claro. Del Signore Bruno Scarlatti.

-De... ¿dijo usted Scarlatti? –comentó Giovanni con el rostro demudado por el asombro.

-Sí, Scarlatti. ¿Le pasa algo?

-Oh, no, no, Signore Gravinia. Es que... bueno, es que conozco algo del Conde Scarlatti... tenía una fama... Oh, excusi Signore, no dije nada, nada.

-¿Fama? ¿De qué?

-No sé, de... Se contaban cosas raras sobre él y sus tierras. Los viejos, usted sabe.

-No, no sé, ¿qué tal si me lo dice?

-Bueno, no sé. Siendo usted su heredero.... no sé si está bien, Signore Gravinia. Después de todo, son solo chismes y cuentos de vieja. Cosas que se decían hace muchos años... Pasaron en los tiempos de mis abuelos, en su juventud. En la de mis abuelos, claro.

-¿Y entonces?

-Mire, Signore Gravinia, no quiero pasar por un chismoso ni por un bobo crédulo. Lo que recuerdo, y muy vagamente, por cierto, es que algo pasó, algo terrible, en la finca del Conde Scarlatti. Que mucha gente se vio afectada, hubo desapariciones y muertes inexplicables... Hasta los gendarmes y la polizia temblaban como conejos. Bueno, eso decían mis padres que decían sus padres. No sé, fue como a fines del XIX o comienzos del XX... Sí, fue a comienzos de la primera década del siglo XX, alrededor de 1906 o algo así.

-Pero, ¿qué fue lo que pasó?

-Eso, Signore Gravinia, nunca me lo contaron. Mis padres decían que mis abuelos no querían ni pensar en ello. Hubo mucha muerte en esta región por lo que pasó allí.

-¿Y qué hay con el conde?

-El Conde fue el responsable de lo todo que

ocurrió; todos lo sabían en esos años, pero nadie quería decir palabra. Mis padres eran muy pequeños, pero jamás quisieron contarme en detalle de que se trató. Hablaban de locura, de muerte, de cosas inconcebibles para acordarse de ellas. Y en cuanto al Conde, por lo que me dijeron, nunca fue castigado por justicia humana alguna.

-¿Cómo?

-Lo que oye: el Conde desapareció sin dejar rastro alguno. Según dijo mi madre que decía la abuela, se lo había llevado el Diablo en persona. – Julio vio que, mientras decía esto, Giovanni se santiguaba.

-Es una historia bastante vaga, ¿no le parece?

-No sé, Signore, pero para mí fue lo suficientemente cierta como para que, desde mi niñez hasta hoy, me mantuviera lejos de la finca Scarlatti. No se ofenda, Signore Conde, pero sólo le digo lo que dicen que dijeron. Yo soy bastante escéptico con respecto a eso del “Diablo”, me parecen cosas de campesinos ignorantes, pero..., en fin. ¿Le acompaño a su cuarto?

Julio estaba algo perplejo, pero no se negó y fue conducido por Giovanni hasta su aposento. Una vez a solas allí, acomodó sus cosas y se recostó, mirando por la ventana que daba a una hermosa vista montañesa. El Conde Bruno Scarlatti, su pariente ignoto, parece que tenía una historia que contarle. Y, ¡la cara que puso Giovanni cuando le

dijo que era su heredero! ¡Parecía que le iba a dar un infarto! ¿Y eso que dijo sobre hechos terribles que habían sido desencadenados por él mismo? ¿Qué pudo haber hecho el Conde? ¿De qué crímenes se le acusaba? Giovanni le hablo de muertes y desapariciones misteriosas, así que tenía que haber muerto gente, lo que, ciertamente, le daba un sesgo terrible a estas habladurías. ¿Policías y gendarmes? ¿Asesinato? Por lo que conocía hasta ahora del Conde, no parecía un asesino en serie o en masa, sino más bien un arrogante “noble” de Toscana dedicado a las veleidades de la diletancia arqueológica. ¿Y lo del diablo? “No creo en eso”, “son chismes de campesinos”, y ¿porqué se santiguó, entonces?

Si había algo de todo aquello que le dijeron que fuera cierto, tendría que estar en el diario del Conde. Ya se enteraría. Porque ahora, quería pegarle un vistazo a los otros papeles que acompañaban ese manuscrito. Le pareció obvio que, si las cosas fueran como escuchó, alguna noticia tenía que haber en la prensa. Había varios recortes de periódicos entre los papeles del difunto, como para que no encontrara ahí lo que se imaginaba. Un ligero escalofrío le subió por la columna; pero creyó que era la brisa que venía de la ventana. Se levantó y la cerró. Luego, se acomodó en un escritorio pequeño que estaba debajo de la misma, puso todos los documentos sobre él, y empezó a separar: recortes, notas manuscritas, referencias bibliográficas.

(Continuará en el siguiente número)



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.dreamers.com>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2001 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno